

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 28. — N° 842.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

SUMARIO

Constantino Voloudaki, grabado. — **Historia de las sectas religiosas.** — **Historia de la imprenta.** — **Sucesos de España;** grabado. — **El Voluntario;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Trasformacion de los cerros de Montmartre;** grabado. — **Manuela,** novela original por Eugenio Diaz. — **El pabellon del depósito de los faros en Paris;** grabado. — **Los velociferos en el año 1818;** grabado. — **Revista de actualidades parisienses, caricaturas por Bertall;** grabados. — **Debe y haber,** novela escrita en aleman por Gustavo Freitag. — « **Paris-Port-de-Mer,** » grabado.

Constantino Voloudaki.

La historia de Constantino Voloudaki, presidente del gobierno provisional de Creta y enviado extraordinario á América que acaba de pasar por Paris con direccion á Washington, es la historia de todos sus compatriotas.

Huérfano desde su mas tierna edad, como la mayor parte de los hombres que dirigen la actual insurreccion de Creta, no conoció á su padre que fué un valiente, un palicaro, un guerrero de Sfakia.

Era en 1821 cuando se emancipaba la Grecia. Una noche la aldea de Vouva, una preciosa aldea de Sfakia, desde donde se distingue á lo lejos el mar azul del Archipiélago, fué invadida por los turcos. Los hombres hallaron la muerte defendiendo á sus mujeres y á sus padres. En tanto que la jóven esposa de Pablo Voloudaki estrechaba en sus brazos á su único hijo Constantino, que entonces tenia seis meses, y podia salvarse con él, Pablo Voloudaki parecia á manos de los turcos.

Errante en el monte con otras mujeres, descalza, sin pan, sin abrigo, casi sin vestido, viviendo con algunas yerbas silvestres, la madre de Constantino no tardó en sucumbir á tantas privaciones y penalidades.

Una prima suya, mas robusta, se habia hecho cargo del niño y le criaba, y ella le llevó á una aldea recóndita de Sfakia, en donde tenia un tio que le adoptó.

Aun vive: es una anciana cretense muy hospitalaria.

Al punto que hay en Creta una generacion en edad de hacer la guerra, se levanta contra sus ti-

ranos, y la insurreccion comienza nuevamente. Esto sucede pues cada veinte años.

No tardó en ofrecerse al jóven Constantino la ocasion de demostrar sus sentimientos patrióticos. Por el tratado de la cuádruple alianza firmado en 1841, la Creta pasó otra vez del yugo egipcio al yugo turco; é inmediatamente estalló la insurreccion. Batiéronse en Sfakia: Constantino, que apenas habia cumplido veinte años, tomó su parte en la lucha.

Como en Creta la gente se casa en la juventud, Constantino á los veinte y tres años contrajo matrimonio con una jóven de la provincia de Apocorona.

Antes de la insurreccion actual, es decir, hace tres

años, poseia en esta provincia manadas de bueyes, rebaños, abejas, olivares y viñedos. Los turcos lo han destruido todo: ahora ya nada posee, y ni aun se acuerda de ello.

Su familia, sus dos hijos, sus cuatro hijas, de las cuales la mas jóven tiene nueve años, y su esposa, todos se hallan seguros en Atenas.

Aunque Constantino Voloudaki no tenga mas de cuarenta y ocho años, representa mas edad. Los continuos cuidados por la emancipacion de su patria, las luchas tan prolongadas como terribles, las penalidades, han encanecido sus cabellos, pero no han doblegado su alta y majestuosa estatura.

En todos los que le han visto en Paris, ha producido la seducion de un alma honrada y pura, de un corazon grande. Se ha reconocido que es un apóstol, apóstol que tiene conciencia de su mision y que sabrá desempeñarla.

Con el principio de la lucha actual, cuando se reunió aquella asamblea de la Canea, en Coutzounaria de los Jardines, para dirigir al sultan una demanda pacífica de reformas, fué elegido presidente por sus compatriotas.

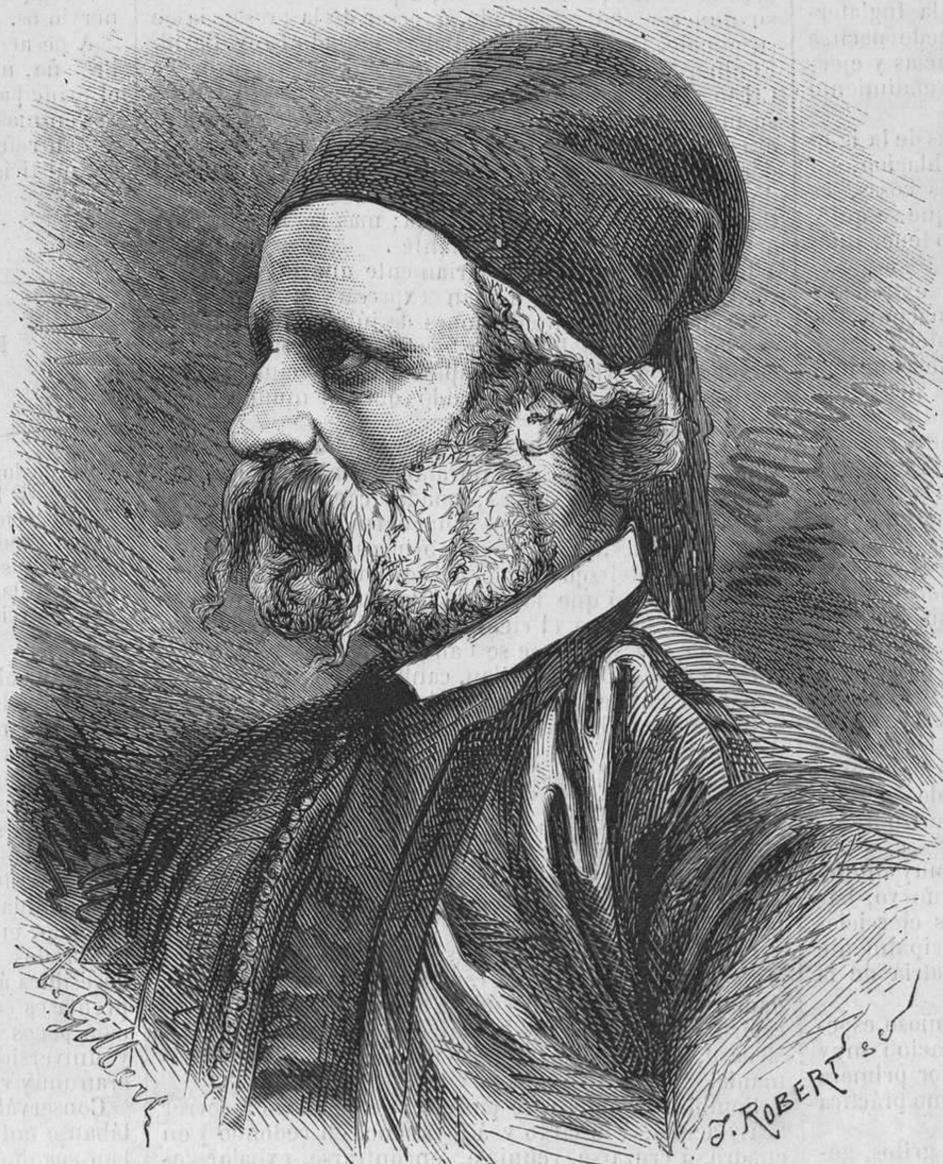
Despues ha combatido constantemente ya con las armas en la mano, en Vamou, donde perecieron tantos soldados egipcios, en Vryses, en Votanes y en Sfakia, ya en los consejos, animando á sus compatriotas á la perseverancia, tranquilizándoles, fortificando á los débiles con su indómita energia.

Fué á Grecia con los diputados cretenses que tuvieron tan mala acogida, y ya iba á regresar á Creta cuando recibió en Syra la noticia de que la asamblea nacional le encargaba una grande mision para la América.

El enviado de Grecia que marcha á Washington con Voloudaki, es el señor Cassimati, distinguido abogado de Syra: este habla francés é inglés, en tanto que Voloudaki solo puede conversar en la lengua de Homero; además es doctor en derecho y agregado de facultad, mientras el pobre Voloudaki, como su antepasado Minos, no ha pasado jamás ningun examen.

« Quisiera, dice Voloudaki, morir durante mi mision y no volver nunca á Europa, si debo á mi regreso encontrar á mi patria esclava. »

G. F.



Constantino Voloudaki, presidente del gobierno provisional de Creta.

Historia de las sectas religiosas.

LOS CUÁQUEROS. — LOS ANABAPTISTAS.

(Conclusion.)

Luego que se volvió á levantar el bautizado, lo recogió un asistente que se habia puesto en una barca para esta operacion, y enjugándole la cara con una servilleta, lo condujo al castillo, cuyo propietario habia generosamente cedido una sala de él para vestuario de los baptistas. Continuaron del mismo modo hasta el último.

Bautizaron á las mujeres absolutamente de la misma manera. El administrador estaba en el agua, y un diácono le llevaba los neófitos de que los mas eran jóvenes y rebosaban de viveza inglesa.

Cuando todos estuvieron bautizados, subió el administrador fuera del agua en la ribera, en donde, todo mojado, dirigió á la reunion una enérgica exhortacion acerca de los placeres íntimos que proporciona al alma la obediencia á los preceptos divinos, y en seguida despidió al gentío tras la bendicion acostumbrada.

Sin embargo, aun no estaba todo concluido para los bautizados, que se reunieron todos, hombres y mujeres, en una gran sala del castillo, despues de haberse enjugado y vestido.

El administrador volvió tambien armado de una oracion y de un postrer sermón sobre las ventajas de la libertad religiosa y sobre otros asuntos grandiosos, que concluian, como siempre, los sermones, prometiendo á todos los baptistas y anti-baptistas una feliz inmortalidad, que era de derecho.

Un agapa ó pio banquete, compuesto de asados de vaca, palatas y carnero con cerveza, todo revuelto, condimentado y especiado con textos bíblicos y santas palabras, completó aquella gran solemnidad bautismal.

Tal fué el bautismo de Whittlesfordie, y con todo, no es este el único modo con que administran los baptistas este sacrificio. Tambien dan bautismos *particulares* en bautisterios contiguos á los templos, así como el bautisterio de mármol y pórfido de Constantino, que está contiguo á la iglesia de San Juan de Letran en Roma: en donde, tanto los hombres como las mujeres, son siempre bautizados por inmersión en presencia de toda la congregacion reunida; solo tienen necesidad de entibiar el agua destinada á este baño religioso, precaucion excelente, y que no debe desdeñarse en aquellas especies de sacramentos, mayormente en Inglaterra, por grande que sea el ardor piadoso de los catecúmenos.

Durante ocho dias no se habló en Cambridge mas que del bautismo en el rio de Whittlesfordie.

Los brincadores (*jumpers*) son otra secta religiosa de Inglaterra y debemos á M. Leon Vidal la narracion de los sacramentos de estos religionarios.

No hay en el mundo pais mas rico que la Inglaterra en sectas y extrañezas religiosas; y puede decirse que es una mezcolanza de religiones, creencias y ejercicios capaces de pasmar y trabucar el entendimiento humano.

Cincuenta iglesias disidentes, competidoras de la iglesia establecida, se reparten con ella la poblacion, sin que les escape uno solo, porque, ante todas cosas, es preciso en Inglaterra tener una religion, la que se quiera, siendo libre la eleccion; pero es preciso tener una, sopena de incurrir en el anatema social!

Así es que las aprensiones religiosas mas extrañas y burlescas medran y prosperan en aquella nacion, tan ufana no obstante con su superioridad intelectual y esclarecido avance en la carrera de la perfeccion humana.

Entre otras pruebas de aquel fervor enamorado que acoge las doctrinas mas descabelladas, encontré una durante mi permanencia en Richmond, cerca de Londres, adonde habia ido á pasar el otoño, siguiendo la costumbre inglesa, que hace un desierto de la capital en aquella temporada.

Un dia se anunció una junta de brincadores en una casa de campo cerca de Twickenham, lindo pueblo, situado en la ribera izquierda del Támesis, y que, entre otros timbres, blasona de la mansion de Pope y de la casa del poeta, donde su gabinete está aun situado materialmente sobre las aguas del rio.

Un hermoso domingo de octubre, en una larga pradera que costea el rio, se reunió la junta de los brincadores (*jumpers*), á pesar de que el dia estuviese como entoldado de aquella neblilla blanquecina de que jamás llega á despejarse cumplidamente el horizonte de la Gran Bretaña.

Si solo se habla de los novicios, no era muy numerosa dicha junta; pero muchos curiosos como yo, habian venido á asistir al espectáculo de sus ejercicios religiosos, que así los llamaban. Habia principalmente habitantes ú oriundos del pais de Gales, patria de la secta.

En el año 1760, un ministro fanático ó mañoso especulador, pues en Inglaterra es una especulacion muy logrera la del cisma y la heregía, predicó, por primera vez, en aquel pais la excelencia del salto, como práctica religiosa y agradable á Dios.

Ordenó á sus alumnos que diesen grandes gritos, gemidos y penetrantes alaridos al rezar, que repitiesen

hasta treinta veces la misma estancia de un himno, y con frecuencia el mismo verso, que dijeran con toda la fuerza de sus pulmones las palabras *amen* y *gogoquiant*, que, en lengua gálica ó velcha, significa gloria; en fin, que se pusieran en una agitacion violenta, que se movieran con desenfreno, y por remate, como complemento de entusiasmo religioso, que brincaran rezando hasta que se les agotasen enteramente las fuerzas, en términos que yaciesen postrados y jadeantes.

Así que, no era esta religion para los enfermos, ancianos y gotosos, pues para ser devoto en esta secta se requiere tener fuertes riñones, las rodillas pujantes y la respiracion estentórea; los santos han de ser alcides ó atletas, ó danzantes de ópera. Madama Montessu seria canonizada en la religion de los *jumpers*.

Una silla portátil estaba colocada en el lugar de la escena, y subiendo á ella un ministro, leyó los pasos de la Biblia; se cantaron himnos, repitiendo las estrofas mas ó menos veces, segun que el sentido místico tenia mas ímpetu; recitáronse oraciones con un fervor y un empuje ardiente; volvieron á empezar á cantar, no aquella cantinela monótona y desconsolada que adormece en las iglesias anglicanas, sino un canto brioso, arrojado, lleno de impulso, apropiado al sentido de las frases y de las expresiones. Los *amens* y *gogoquians* revolotearon por los aires con un entusiasmo de furiosos.

En fin, cuando á fuerza de cantar, de orar y vocear, conceptuó el reverendo ministro que presidia la junta, que los ánimos de los asistentes estaban bastante enardecidos y voladores, empezó el sermón el joven ministro que estaba en el púlpito, pronunciándolo al compás de la música.

El asunto del sermón era la necesidad y ventajas de la religion, y como todos los sermones ingleses, fué una larga paráfrasis de redoblados textos de la Biblia, recogidos en el Antiguo y Nuevo Testamento, é hilvanados con mas ó menos artificio, en el tejido de la homilía. Escuchábanlo con una atencion recogida é intensa; la que subió en gran manera de punto cuando llegó á la última parte del sermón, porque entonces tocó el dogma distintivo de la secta.

Y fué una fervorosa, entrañable y vehemente exhortacion á la *saltacion* religiosa; por lo que ya se puede juzgar si escuchábamos con afán.

Entre los miles de sermones que yo habia oido en Francia, Inglaterra é Italia, ningun predicador habia nunca desentrañado en mi presencia semejante texto. Ansiaba sobre todo saber si la Biblia, inagotable arsenal para los sermoneros, suministraria á este algunas armas en favor de su doctrina.

Las habia hallado en el Antiguo y Nuevo Testamento, pues todo se halla en la Biblia. En Marsella conocí un iluminado que, encareciendo esta universalidad de los libros sagrados, sostenia que en el libro de Job estaba todo. Este hombre habia aventajado á Jacotot.

Despues de hechos los elogios del salto, como elevando el alma á Dios y poniéndola en una agitacion estática citó los ejemplos bíblicos en apoyo de su doctrina.

El santo rey David habia danzado y brincado ante el arca del Señor; habia bailado; á pesar de las burlas de su mujer Michol, y saltado, á pesar de la presencia de su pueblo. David oraba y saltaba; imitad al rey David. El niño, que fué el profeta San Juan, el precursor de Cristo, se estremeció y brincó de gozo en el vientre de su madre Isabel, cuando María fué á visitarla; en fin, el cojo que Jesús habia sanado, saltó delante del Salvador, alabándole y agradeciéndole la gracia que acababa de recibir. Es cierto que los ejemplos cuadraban cabalísimamente con la circunstancia; mas las razones que deducia de ellos eran terminantes.

La conclusion fué necesariamente que los buenos y verdaderos cristianos debian expresar su admiracion con semejantes demostraciones de júbilo y religiosidad por los beneficios del Señor, sus pesares por los padecimientos de Cristo, y sus raptos de agradecimiento por las bendiciones que han atraído sobre el mundo aquellos padecimientos.

Viendo que su auditorio se enardecia á sus palabras, le dió el postrer latigazo, retratándole al vivo los dolores de Cristo en la tierra; cuadro capaz de ablandar tiernísimamente á los mas empedernidos, de convertir los mas reacios, y de hacer dar brincos á los tullidos. Volvió á hablar del cojo curado, del rey David y de San Juan. En fin, declaró que los que saltaban rezando estaban predestinados para el cielo, en atencion á que todos los santos del paraiso, que se han remozado y puesto ágiles y ligeros, saltan y bailan, cantando en presencia del Señor, al son de la música de los ángeles.

Ciertamente habia convencimiento en las palabras de aquel predicador, en términos que podia uno dejarse convertir por ellas, por poco nervuda y flexible que tuviese la rodilla.

Concluida su exhortacion, bajó del púlpito, y como no hay mejor modo de predicar que el del ejemplo, se puso á bailar y á saltar y á dar brincos como un endemoniado, siendo esta su peroracion y la señal del baile general.

Los piadosos congregantes se dispararon como furiosos, gritando *gogoquiant*, respondiéndole *amen*, saltando, dando alaridos y revolviéndose como lo practicaban los espiritados cuando los habia, ó los convulsos de San Medard, ó los apiadados y los mamereros de Suiza y Alemania.

Hombres y mujeres se pusieron desde luego á correr acá y acullá, á lo largo y á lo ancho, en redondo y en cuadro, á cruzarse, reunirse, encontrarse, exhalar gemidos, sollozos, exclamaciones de júbilo, gritos de do-

lor, y combinándose el todo, daba un concepto de un concierto diabólico.

Vinieron en seguida los saltos con un aumento de furor frenético, y continuaban, se detenian y volvian á empezar, hasta que el cansancio y la postracion venian á aclarar y disminuir aquel vaiven religioso, yéndose los endebles, y aguantándose los mas fervorosos, ó por mejor decir, los mas robustos.

Nueve hombres y siete mujeres fueron los últimos, quienes habian empezado á saltar á las diez de la mañana, y eran las dos de la tarde, cuando rendidos de cansancio, jadeantes y en un estado completo de enaenamiento, cayeron de rodillas en círculo, dándose las manos, con la cabeza inclinada hácia atrás y la cara hácia el cielo.

El joven ministro, que se mostraba dotado de una pujanza hercúlea que envidiaria el danzante mas robusto, entonó una oracion que pronunció desafortadamente, y fué larga como toda oracion de fanático.

Cuando la hubo concluido, cuando hubo vuelto á señalar el cielo, recordando á su auditorio que en breve debian encontrarse todos en él, para cantar las alabanzas de Dios y para bailar eternamente delante de su trono en compañía de los ángeles; cuando hubo dicho, con un expresivo acento de dolor y de quebranto, que entonces nunca se separarian, soltó suavemente la mano de una sectaria bastante bonita que tenia en la suya, y para terminar la liturgia echó á la reunion una larga y patriarcal fórmula de bendicion.

Levantáronse todos entonces, se abrazaron y saludaron, retirándose satisfechos, como cuando se viene de rezar y de cumplir con las obligaciones religiosas. Ese culto brincador seria sanísimo, exceptuando las fluxiones de pecho que puede ocasionar, para los sujetos que tienen necesidad de ejercicios violentos; pues es una religion desentumecedora y sudorifica, y no se puede tildar á aquellos devotos de opuestos al movimiento.

No cabe duda que hay muchas extravagancias místicas en todo esto; y sin embargo, se han encontrado medios de irlas pujando, pues es propio del fanatismo el irse mas y mas purificando y enardeciendo.

La religion de los saltones (*jumpers*) tiene una subdivision de sectarios que han sobrepujado todavia en la perfeccion religiosa acerca del movimiento.

Los *shakers* (movidizos) tienen por doctrina fundamental, que no solo es menester saltar y bailar rezando, sino que además es preciso darse vaivenes y empujones violentos al hacer la oracion y al asistir á las predicaciones de sus ministros.

Y aun á veces, cuando celebran sus oficios religiosos, bailan y dan vueltas sobre sí mismos como los dervises, á fin, dicen ellos, de manifestar su júbilo por la victoria de los santos sobre el pecado, y sus arrebatos de entusiasmo y de cariño por la bondad del Señor.

Al verles cantar, bailar, rezar y mover todos los miembros, predicar ó escuchar todas las predicaciones temblando, saltando y dando vueltas convulsivamente, parecen una gavilla de aquellos infelices que, en la edad media, danzaban un baile epidémico, ó de aquellos epilépticos que no pueden estar un minuto sin tener todo el cuerpo agitado y sacudido por movimientos nerviosos.

A pesar de que los *shakers* son oriundos de la Gran Bretaña, no abundan mucho en aquel pais, ni aun en el principado de Gales, cuna primitiva de su comunión; se ven mas en los Estados Unidos de América, adonde se han refugiado muchas de las sectas extrañas, hijas del misticismo disparatado de algunos fanáticos ingleses.

M. DE F.

Historia de la imprenta,

POR A. BERGNES.

Trata de los materiales que empleaban los antiguos para transmitir los conocimientos. Manuscritos. Causas de su destruccion. Su escasez y precios exorbitantes. Librerías. Escuelas. Restauradores de la literatura. Hallazgos de manuscritos en la edad media. Primeros pasos hácia el arte de imprimir. Su primitiva historia. Su introduccion en los reinos de Europa.

Es una observacion muy trillada, que conocemos muy poco el valor, ó aun la verdadera naturaleza de las ventajas que nos han sido familiares desde la infancia y que vemos al rededor de nosotros, sin que su falta haya ocurrido jamás á nuestras ideas, al paso que nuestros antepasados estaban completamente ignorantes de ellas, y que aun son desconocidas por la mayor parte de los hombres.

En nuestro pais actualmente no se hallaria en toda probabilidad una choza en el distrito mas solitario y retirado, en donde no se encontrasen algunos libros, no atesorados como rarezas de extraordinario valor, sino accesibles á la curiosidad de todos. El arte de la imprenta es causa de este beneficio. Antes de su invencion pocos libros se hallaban fuera de los monasterios y universidades, ó de las bibliotecas de aquellos que eran muy ricos ó muy aficionados á la lectura.

Conservábanse los libros con el mayor cuidado; contábanse entre las joyas mas preciosas, y no los prestaban sus dueños sin las mayores precauciones, y sin exigir las mejores fianzas para asegurar su devolucion.

El Voluntario.

NOVELA.

(Véase el N° 840.)

Resonó entonces una aclamación inmensa. Todo el club se levantó en masa, repitiendo con la mano extendida el juramento de morir en la tierra alemana. Los corazones palpaban, las voces eran enérgicas y firmes. Solo Miguel, con las lágrimas en los ojos se sentía conmovido.

Cuando Otto bajó de la tribuna, la primera mano que encontró fué la de Miguel.

Entrambos se volvian por las calles desiertas, cuando Otto dijo lentamente:

— Antes de partir, ciudadano, venid á verme en mi casa. Tengo que pedir os un servicio.]

— Quizás partiremos pronto, y mañana mismo estaré en vuestra casa. Salud y fraternidad.

— ¡Fraternidad! dijo Otto Schwartz, acentuando la palabra.

Al otro día 24 de julio



EL VOLUNTARIO. —Un hombre se destacó del escuadron que pasaba.

las primeras tropas debian salir de Maguncia. Durante la noche, ya los aliados habian tomado posesion de las obras avanzadas.

El desfile comenzó al medio día bajo el sol de julio que incendiaba los edificios, cubria el ancho Rhin de chispas y de rayos y doraba los altos edificios de Maguncia, donde las bombas y las balas habian marcado sus agujeros al lado de las góticas labores.

Toda la calzada estaba invadida por el pueblo, por los curiosos, por la muchedumbre; siempre deseosa de todo espectáculo.

Unicamente Otto que habia salido á contemplar el cuadro de lejos, con los brazos cruzados y la actitud sombría, miraba las oleadas de gente que se apresuraban para ver salir al enemigo y arrojarle maldiciones y amenazas. El inmenso murmullo sordo de aquella ciudad en movimiento, el mugido que se escapaba de la muchedumbre como del mar, le entristecía, y sin embargo, le electrizaba como el primer anuncio de una fuerte tormenta.

— Pues bien, pensaba,



A la cabeza marchaban jinetes prusianos con sable en mano.

aclamad la vuelta de esas tropas del rey que traen consigo el despotismo y la feudalidad. Yo moriré para afirmar la gran libertad que esos franceses, los enemigos, se llevan en los pliegues de sus banderas desgarradas.

De repente se observó un remolino en aquella multitud. Miles de cabezas se volvian hácia un lado y un ruido de caballos y de aceros anunciaba un escuadron en marcha.

A la cabeza marchaban jinetes prusianos con sable en mano.

El sol que bañaba sus corazas parecia pegarlas fuego.

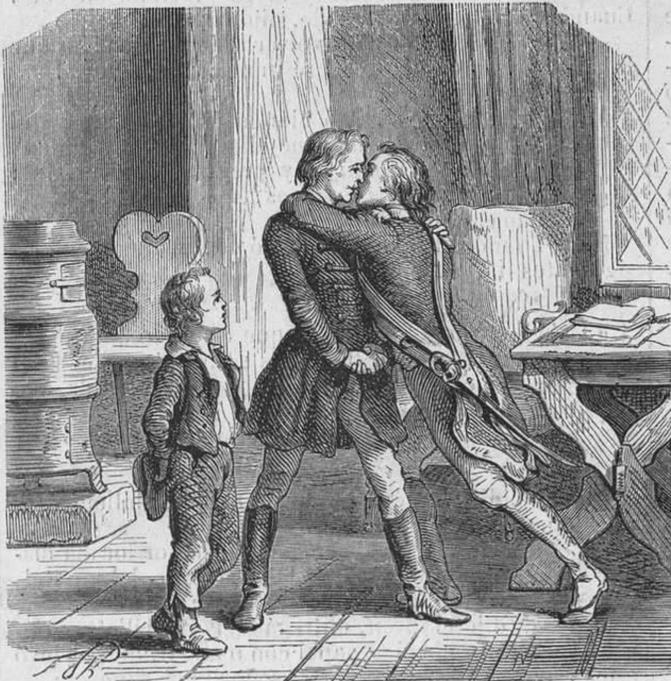
— ¡Viva el rey! gritaba la multitud.

— ¡Vivan los coraceros!

Negros de pólvora, haraposos, con los uniformes desgarrados, de aspecto heroico, marchando alegremente, con la frente alta, orgullosos de sus harapos, los soldados franceses seguian mirando á los curiosos con el aire irónico del gallo á quien nada espanta.

Otto veia moverse por encima de sus cabezas las bayonetas resplandecientes que parecian un rio de hierro en movimiento.

Levantando la vista Otto distinguió en una ventana un hombre de rostro radiante, con la frente inmensa, una mirada de águila, un no sé qué de olímpico y de imponente en su soberbia hermosura y que, con la calma des-



... Otto le abrió sus brazos.

deñosa del artista que observa, miraba pasar todo aquello con una majestad indescriptible.

Los franceses desfilaban. La oleada empujaba á los granaderos despues de los voluntarios, todos escualidos y altaneros, marchando al paso y en fila, con la idea de hacerse fuertes contra todo insulto.

Los unos con el cabello largo se asemejaban á los aldeanos bretones; los otros, bien ó mal afeitados y con el cabello cortado al acaso, á sablazos, parecian salir de un presidio. Un tambor mayor, espléndido en sus harapos, arrojaba al aire su baston cuyo puño de cobre habia sido aplastado por una bala.

Los curiosos sobrecogidos, conmovidos quizá, no injuriaban: habriase dicho que admiraban.

— ¡Los cazadores! exclamaron. Los cazadores de caballeria desembocaban entonces, poniendo al paso sus monturas, todos de soberbio aspecto y silenciosos. Recordaba la gente lo que habian hecho una noche cuando muchas mujeres y niños de Maguncia se fueron á refugiar en el campamento del rey de Prusia. El rey prusiano los rechazó á cañonazos, siendo alemanes, y los húsares franceses corrieron á buscarlos, y trajeron á Maguncia á las mujeres y á los niños en las ancas de sus caballos.

Poco faltó para que no saliera de aquella

multitud que estaba allí para maldecir, el grito de ¡vivan los cazadores de Cassel!

De repente la música de los jinetes emprendió á tocar la *Marsellesa*. Un estremecimiento eléctrico recorrió la calzada: Otto sintió vibrar en sí todas las cuerdas del verdadero patriotismo, del heroísmo y del sacrificio.

Dió algunos pasos adelante, separó á los curiosos y como transportado, exclamó levantando los brazos y arrojando á los cazadores como un postrer adiós:

Allons, enfants de la patrie,
Le jour de gloire est arrivé!

La muchedumbre osciló y todos los que estaban en derredor del jóven prurupieron en amenazas.

Rechazaron á Otto que parecía no ver ni oír lo que pasaba.

- ¡Es un clubista! dijo uno.
- Yo le he visto en un club y le he oído.
- ¡Es Otto Schwartz!
- ¡Un bebedor de sangre!
- ¡Muera!
- ¡Muera Otto Schwartz!

Sea pues, exclamó Otto, cuyos ojos despedían llamas, dadme la muerte, puesto que ha muerto la libertad.

Y se cruzó de brazos, alzando sus ojos azules hácia aquel cielo de julio.

— ¡Muera! Muera repetían.

Las muchedumbres son cobardes, tienen algo de la fiera: en cuanto se derrama una gota de sangre, muerden y destrozan, pero vacilan en asestar el primer golpe.

Un hombre se destacó del escuadron que pasaba y dirigió la cabeza de su caballo hácia el grupo que rodeaba á Otto.

— ¡Atrás! dijo inclinándose (llevaba un uniforme de convencional y su sable pegaba en sus botas desgarradas). Yo represento aquí á la república francesa, una é indivisible. Todo ciudadano á quien se ataque por ser amante de la libertad, será vengado por los hijos de la libertad. Tenedlo bien presente. Cuidado con que alguno de vosotros ponga la mano en ese jóven.

— ¡Es un clubista! ¡Mueran los clubistas! ¡Mueran los franceses!

El jinete echó á la multitud una de esas fieras miradas que hacen retroceder á las masas, y gritó con fuerza:

— ¡Soy Merlin de Thionville! ¿Pensáis que es la última vez que os vereis con nuestros soldados? No, no, y Maguncia también tendrá otra visita. Sed prudentes.

Y sobre esto hizo una señal á los oficiales prusianos que distinguía entre la multitud.

La promesa de vuestro rey es terminante. A nadie se molestará. Pienso que hareis respetar el convenio.

Ya se habian apartado y Otto estaba libre.

El jóven quiso dar gracias á Merlin, pero el convencional se había ya reunido con el grupo de los comisarios franceses y desaparecía al lado de Rewbell, distinguiéndose por sus plumeros de tres colores ennegrecidos por la lluvia y la pólvora.

Otto se alejaba perseguido por algunos clamores y abatido como todo hombre que pierde una ilusión, cuando se encontró frente á frente con el hombre á quien había visto en la ventana.

— Estais perdido, le dijo este espectador, al parecer, indiferente. ¿Queréis que os saque un salvo-conducto del rey de Prusia?

Otto miró al desconocido, en cuyos ojos se pintaban á la vez la severidad y la ternura.

— No os conozco, ciudadano, le dijo.

— Me conocéis, contestó el otro, y yo también sé vuestro nombre. Me han repetido las locas palabras que habeis pronunciado en los clubs con vuestros iguales, pero un loco en libertad habla sabiamente y la sabiduría es muda siendo esclava. Comprendo vuestro entusiasmo por la revolucion francesa. Bajo el cañon de Valmy, cuando las balas de Kellermann cubrían de lodo á nuestros soldados desconcertados, yo bien vi que allí y en aquel día comenzaba una grande época histórica. Pero es preciso ser prudente y no conmoverse sino á ciertas horas. El arte, sea cual fuere vuestro oficio puede convertirse en arte, el arte es un calmante que os consolará de la política. Schiller se consume luchando contra los abusos, yo recojo guijarros y hago experimentos físicos durante las batallas. Os voy á dar un consejo, ciudadano clubista. Salid de Maguncia, olvidad vuestro acceso de fiebre, y si en el refugio que elijais necesitais á Goethe, me encontrareis pronto á serviros.

— Gracias, respondió Otto, quiero continuar loco, ciudadano. Mi puesto está en Maguncia y poco me importa que sea mi sepulcro. Adios.

Tomó un rodeo por una calle y Goethe le siguió con los ojos largamente, como un hombre que observa lo que no olvidará nunca.

De vuelta en su casa, Otto encontró á Miguel Verdure que le estaba esperando, y le contó la escena ocurrida.

— Los hombres, dijo, constituyen una especie bien triste. Para quererlos es preciso no considerar sino la humanidad.

— Pero bien debeis conocer la suerte que os espera, contestó Miguel. ¿Por qué os quedais aquí? No obstante vuestro noble lenguaje de la otra noche, ¿por qué os exponéis á una muerte cierta?

— Amigo mio, replicó Otto con una resignacion es-

tóica, me es indiferente vivir ó morir. Puedo caer hoy, pero las ideas que yo defiendiendo triunfarán mañana. Esto es lo importante. Veo muy bien que estamos condenados, ya se han oído clamores de muerte. La jauría de la reaccion ha entrado en Maguncia con los prusianos. Vecinos pacíficos, hombres de bien cegados por el miedo amenazan de muerte á todos los clubistas. Quizá esta misma noche me prenderán. Me felicito de ello. Toda causa necesita mártires.

— Teneis razon, dijo Miguel lentamente.

— Unicamente, lo siento, prosiguió el jóven, por Isabel y por ese pobre niño, que es mi hermano. ¡Isabel! Mucho la amaba y la amo, mas que vos, Miguel. Ella ha sido toda mi vida. Vos engolfado en las aventuras de vuestra vida de soldado la olvidareis. Yo quiero dejar la vida repitiéndome que amaré al niño como yo habria amado á los dos. Dejádmela, Miguel, Lisbeth será la madre de Gretchen. No puede casarse...

— Nunca olvidaré á Isabel, respondió el voluntario con voz cortada, el recuerdo de vosotros me acompañará por todas partes.

Otto le tendió la mano.

— Es el egoismo del moribundo, dijo. Con su nombre en los labios la llamaré siempre mi prometida esposa y así moriré con mas firmeza.

— Con ese nombre ó con el de hermana, respondió Miguel, la amaremos como se merece.

Y estrechó la mano de Otto.

— Estais con calentura, Miguel: ¿padeceis mucho?

— Mi destino es padecer, dijo el voluntario.

Un rato permanecieron así en pié el uno frente al otro. De repente se oyó en la calle un peloton de soldados que desfilaron cantando, y Otto cambiando de tono y señalando por la ventana las casas desmanteladas de Maguncia, exclamó diciendo:

— Hé ahí sin embargo, lo que ha hecho que nos conozcamos nosotros dos, esa horrible cosa que llaman la guerra. ¡Malditos sean los que nos condenan á esos crímenes! Miguel, os he tenido afecto porque sois el soldado de la libertad, el ciudadano armado para conquistar las libertades patrias, y el voluntario del derecho. Pero temo cuando oigo á vuestros granaderos esas canciones de cuartel. Vuestro carácter francés es belicoso y tiemblo que despues de las guerras de justicia algun general vencedor, vuestro Dumouriez ó vuestro Moreau, emprenda esas guerras odiosas, criminales, guerras que se hacen con el fin de ganar grados y no con otro. ¿Por qué habeis destrozado á los batallones del rey de Prusia? Porque con vosotros marcha la idea. La idea contra la obediencia pasiva, la fe contra el salario, el ideal humano contra la abdicacion del individuo, hé ahí las verdaderas fuerzas. Ciudadano armado os he tendido la mano, soldado marchando en las filas, os habria aborrecido.

— Nada temais, dijo Miguel, tenemos generales que si hacen la guerra es por alcanzar la paz. Hoche llama á sus soldados *mis camaradas* y les dice: Derrotemos al enemigo para volver cuanto antes á nuestras casas. La Francia ha tomado las armas para defenderse y no las conservará para atacar.

— Lo deseo, contestó el jóven.

Mientras así hablaban la puerta del cuarto se había abierto, y un niño de diez años, rubio y ya de rostro formal, se había deslizado detrás de Otto, y cuando este se volvió le dijo mostrando su frente adornada de hermosos rizos.

— Hermano mio ¿por qué no me has dado hoy un beso? ¿Estás enfadado?

— ¡Querido mio!

Otto le besó repetidas veces y despues mostrándosele á Miguel, le dijo con melancolía:

— Hé aquí el hijo de Lisbeth.

El niño miraba sin comprender y con un aire triste.

— Ella le educará y hará de él un hombre. ¡Mi querido Frantz!

Sin decir una palabra Miguel volvió á tomar la mano de Otto.

— Teneis razon, dijo en voz baja y ahogando un sollozo.

Otto le abrió sus brazos y él se precipitó en ellos. Cuando se hubieron abrazado, dijo Miguel:

— No tendria valor para volverla á ver. Decidla que la amaba y que no la olvidaré nunca. ¡Oh, nunca!

Y salió.

Ya llegaba la noche. Ató bien su mochila; puso el ramillete de no me olvides que ella le había dado entre las hojas de su *Montaigne* y preguntó á Toussaint:

— ¿Cuándo partimos nosotros?

— Mañana al amanecer.

Miguel tomó un papel y escribió con mano firme las siguientes líneas:

« Isabel, os amaba; pero el que es digno de vuestro amor, es aquel á quien llamareis esposo. Amadle. Es el alma de hombre y de republicano mas elevada que haya encontrado el que firma

VUESTRO HERMANO. »

Miguel pidió á Scévola que llevase este billete á la casa Smeyer.

En la mañana siguiente cuando el tambor tocaba diána, Miguel dispuesto á partir bajó al patio del cuartel, cuando distinguió á Otto que le buscaba.

— Leed, dijo el jóven, entregándole un billete.

El voluntario abrió el papel con mano trémula y leyó estos renglones trazados por la señorita de Smeyer:

« Adios; Debo casarme con Otto Schwartz, el cual

pretende casarse con la muerte. Si esto último sucede, si no puede ya cuidar de Frantz, yo me quedaré en el mundo, vestida de luto, y enseñaré al jóven el nombre del patriota muerto por su país, y tambien Miguel, el del valiente soldado que ha entrado en nuestro hogar dejando en él una memoria eterna. »

— ¡Ah! exclamó Otto, viendo la emoción de Miguel, razon tenemos para amarla, es lo que se llama una mujer.

— ¡Adios, hermano mio! dijo el voluntario.

Se oían los tambores.

— ¡Adios! dijo Otto, yo aquí y vos en otra parte combatiremos con el mismo nombre en los labios. Id al combate, que yo voy á la muerte.

— ¡Viva la república! exclamó Miguel con una especie de embriaguez y como para contrarrestar su dolor.

— ¡Viva la libertad del mundo! respondió Otto.

J. C.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

Decididamente estamos en la época de las conferencias. Todas las acepciones de esta palabra, que no son pocas, se hallan en activo y constante servicio. Se trata de arreglar un conflicto cualquiera, verbigracia entre los griegos y los turcos, pronto un congreso, que llamaremos conferencia. Un predicador famoso emprende una série de sermones de cuaresma en Nuestra Señora, en la Magdalena ó en San Roque, otras conferencias. Por último, se organizan sociedades científicas, ó económicas ó literarias, donde se pronuncian discursos en presencia de una asamblea numerosa; mas conferencias, siempre conferencias. Pero eso sí la palabra en cuestion necesita un auxiliar que la explique, pues de otro modo resultaria una confusion que es preciso evitar á toda costa. No hay duda que los admiradores de M. Jules Favre no son los mismos del P. Félix y viceversa. Pero de todos modos la palabra conferencia es el gran atractivo de las reuniones del dia.

La primera del P. Félix ha tenido lugar el domingo último y desde el medio dia la vasta y majestuosa catedral de Paris se hallaba invadida por una muchedumbre considerable; apenas se podia circular en las naves laterales tomadas por asalto por el pueblo, en tanto que la nave principal estaba ocupada por la aristocracia y el mundo elegante, siempre ávido de escuchar la palabra del célebre predicador hoy tan en boga como lo estuvo años atrás el no menos elocuente Lacordaire.

La colonia hispano-americana tiene este año, por excepcion, un predicador especial, que el juéves último ha empezado una série de conferencias en la capilla de San Nicolás y es el P. Claret, el confesor de Doña Isabel de Borbon, que la ha acompañado á su destierro. A estas conferencias, hechas naturalmente en español, se entra solo con las papeletas que se distribuyen entre las familias hispano-americanas establecidas en Paris, y á la del juéves hubo una concurrencia considerable, sobre todo de señoras. El objeto es una explicacion de los mandamientos de la ley de Dios, que durará todos los juéves de la cuaresma.

¡La cuaresma! Hé aquí el asunto de mayor actualidad que tiene esta semana la crónica parisiense. Como era de esperar, se ha hecho la historia entera y verdadera de la institucion, y la que tenemos á la vista en el *Diario oficial del Imperio* trae datos curiosos.

Sabido es que habiendo decidido el concilio de Nicea en el año 325 que la solemnidad de Pascuas tendria siempre lugar despues del plenilunio que sigue al equinoccio de primavera (21 de marzo), la cuaresma ó periodo cuarentesimal, debia necesariamente comenzar cuarenta dias antes de ese tiempo. Cuando la Iglesia la fijó en ese periodo del año, se propuso preparar á los cristianos por una larga práctica de la mortificacion á celebrar dignamente el glorioso aniversario de Pascuas y de la resurreccion de Jesucristo. Los doctores están contestes en afirmar que el papa Telesforo fué quien fijó esa época de abstinencia en 131 y que señaló su duracion, en memoria del ejemplo de Jesus que ayunó cuarenta dias en el desierto.

Sin embargo, aunque la institucion de la cuaresma sea del tiempo mismo del establecimiento del cristianismo, su observancia obligatoria no tuvo lugar sino posteriormente, y si algunos escritores han pensado que la práctica del ayuno fué siempre una ley, « no han reflexionado, dice el liturgista Pascal, que durante los dos primeros siglos, los cristianos se entregaban á esta penitencia con tal fervor que un precepto formal habria sido entonces inútil. » En suma, parece ser que hasta el tercer siglo no fué una obligacion rigorosa.

Nominalmente el periodo cuarentesimal dura cuarenta y seis dias; pero como los domingos se suspendia el ayuno, los dias de penitencia determinados por la Iglesia eran solo cuarenta.

Los griegos comienzan la cuaresma ocho dias antes que nosotros; pero no tienen mas dias de ayuno, pues no observan la abstinencia el sábado, excepto el de la semana santa.

Nuestra cuaresma principia como es sabido el miércoles de ceniza, así llamado por la ceremonia religiosa que se usa de tiempo inmemorial en el catolicismo, y cuyo objeto es invitar al hombre á la penitencia recordándole su nada. Las cenizas que la Iglesia emplea para esa ceremonia son de los restos de ramos benditos y de los paños de altar que ya no sirven. Cuando esto no basta se aumenta la cantidad con ceniza de madera de encina.

Esta costumbre de imponer las cenizas en la frente de los fieles en señal de mortificación y de penitencia es un recuerdo de las costumbres antiguas.

En las grandes calamidades públicas y privadas los judíos tenían la costumbre para manifestar su aflicción y su dolor, de desgarrar sus ropas, de vestirse con un saco y de cubrirse de cenizas. La ceremonia de las Cenizas es pues un símbolo melancólico y muy propio para marcar ese período de recogimiento, en el que entra entonces toda la Iglesia católica. En la iglesia de Milan la ceremonia no se efectúa sino el lunes que sigue al domingo de la Cuadragesima, ó primer domingo de cuaresma, porque con arreglo á un antiguo uso local, su cuaresma no dura mas que treinta y seis dias en vez de cuarenta.

Antes del siglo XI la observancia del ayuno cuadragésimo variaba en la práctica segun las localidades.

Generalmente se abstienen en todas partes de toda especie de juegos y diversiones, y hasta los tribunales se cerraban; pero los alimentos prohibidos no eran los mismos en todos los países.

En Oriente, donde estaba poco esparcido el uso de la carne, los fieles vivían con pan y agua, frutas secas y verduras; comían á las doce del dia, y por la noche, sobre todo desde el sexto siglo, tomaban otro ligero refrigerio de yerbas y frutas crudas.

En Occidente en tiempo de San Agustin, se abstienen de carne y de vino. El vino se permitió despues, en tanto que la carne ha estado siempre prohibida.

La costumbre de no hacer mas que una comida despues de vísperas, duró hasta principios del siglo XIII. Principiaron por tomar algunas conservas, y luego adelantaron la comida que hacían á las tres. Finalmente, por los años 1500 comían á las doce del dia, y creyeron observar la abstinencia no probando la carne y no haciendo mas que dos comidas, una que era la mas sustancial al medio dia, y la otra mas ligera por la tarde. Esta última fué llamada colación de la palabra latina (*collatio*), que designaba la costumbre adoptada en los conventos de dar á los frailes los dias de ayuno rigoroso, despues de la oración de la tarde, una corta cantidad de agua y de vino.

No fué este el único cambio que se introdujo en la práctica del ayuno, sino que en determinadas ocasiones la Iglesia permitió á particulares y á comunidades enteras, que tomasen ciertos alimentos ordinariamente prohibidos. La Iglesia ha modificado mucho el ayuno y la abstinencia; mas sin embargo, siempre ha exigido una causa legitima, como la impotencia física ó moral y el trabajo.

En Francia los obispos tienen la costumbre de dispensar de un modo general á sus diocesanos de una parte de la abstinencia prescrita en cuaresma, y los curas párrocos dispensan tambien, pero solo en ciertos casos.

Estas noticias de actualidad en los tiempos presentes de predicaciones y de abstinencias, cuando se han suspendido momentáneamente las fiestas mundanas, no deben, sin embargo, hacernos olvidar que tenemos pendiente una historieta de la última semana, la cual, como dijimos á nuestros lectores, parecia prometer interesantes peripecias, y que ha venido á dar un resultado que nadie se esperaba. A la verdad se asemeja á una de esas ficciones de teatro que, despues de interesar mucho en la exposicion, hacen un fiasco solemne en el desenlace.

Nos referimos á la tentativa de envenenamiento que debió tener efecto en el baile de máscaras de la Opera, y que se frustró porque la dama en quien habia confiado para cometer este crimen el envenenador, dió parte á la justicia que se llevó al hombre á la cárcel.

Ya hoy no tenemos por qué ocultar los nombres. El envenenador era el conde Siemiakowski, de origen polaco, y el conato homicida se dirigía contra el duque de Bauffremont.

Ahora bien, el juez instructor de la causa ha decidido el sobreseimiento en las actuaciones, por la razon de que no obstante las declaraciones del principal procesado ante el comisario de policía conviniendo en el crimen, es imposible caracterizar penalmente los hechos señalados.

Ha habido, sin duda alguna, actos preparatorios y prueba del conato criminal; mas la tentativa legal no puede establecerse sin un principio de ejecucion, que es lo que ha faltado.

Con efecto, ya sabemos que el conde polaco fué preso cuando se disponía á marchar al teatro de la Opera con sus cómplices.

A mayor abundamiento, segun dijimos tambien, los confites con que debia darse tan pesada broma, fueron entregados al análisis, y de este ha resultado que no existe en ellos tal veneno, y que lo único que habia hecho el estudiante, amigo del conde, era mezclar en su composicion goma arábica y tinta para quitarles su color, á fin de que se notara en ellos esa variacion, y el conde creyera que estaban envenenados.

Si todos los criminales tuviesen cómplices como los del polaco, ¿qué poco abundarían las causas célebres!

Así se ha concluido todo, y de este drama en embrión solo ha quedado existente un gran escándalo; el que ha

dado un hombre de la alta sociedad frecuentando damas de vida equívoca, y de las cuales pretende valerse para quitar de en medio á un marido á fin de casarse con su esposa.

Esta última, la duquesa de Bauffremont, ha sido objeto naturalmente de las murmuraciones de todos. Su vida y milagros andan hoy por Paris en letras de molde, y en una carta escrita de Ostende á un diario de provincias, hallamos pormenores que han sido reproducidos por la prensa parisiense.

Parece ser que la duquesa de Bauffremont pasa muchos estios en Ostende, y así es que la conocen mas que en Paris en esa ciudad marítima, punto de veraneo para muchas familias de la aristocracia.

Ahora bien, la duquesa de Bauffremont, segun esta correspondencia, es hija de un antiguo agente de cambio de Paris, M. Leroux, que falleció antes del casamiento de esta señora. La fortuna que heredó fué considerable. Hallábase entonces haciendo su educacion en un Instituto religioso, cuando al cabo de poco tiempo la pidió en matrimonio el duque de Bauffremont, de mas edad que ella. Este aristócrata enlance la agradó, y al instante salió del convento para ser duquesa.

Desgraciadamente el carácter de ambos esposos no se armonizaba, y pasados dos años se separaron.

La duquesa de Bauffremont entró en un convento de carmelitas cuyo hábito llevó durante algunos años; mas luego salió del convento y se puso á viajar con esta vestidura de religiosa. Pasa por una mujer muy caprichosa y exaltada.

Una vez se consagró con empeño á fundar una casa de refugio para las mujeres que se separan de sus maridos; otra se dedicó á adoptar criaturas con no menos ahinco. En Ostende tenia cuatro en su compañía.

En todas partes llamaba la atencion: lo mismo en los paseos de la playa que en los bailes.

La duquesa de Bauffremont se presentaba siempre con trajes raros; por lo regular vestía del mismo color de pies á cabeza.

No faltaba á ningun baile, y al fin de la temporada reunía en un banquete á los jóvenes que mas la habian sacado á bailar, y se despedía de ellos así hasta el verano próximo.

El corresponsal concluye diciendo que la duquesa de Bauffremont no es bonita: es una mujer pequeña de estatura, morena y de formas angulosas, y puede tener de veinte y ocho á treinta años de edad.

Hé ahí el resumen de su historia.

Esta semana los artistas franceses han tenido una noticia digna de celebrarse, cual es que el emperador acaba de fundar un premio quinquenal de cien mil francos que entregarán la Academia de bellas artes y el Instituto imperial de Francia al artista francés, pintor, escultor ó arquitecto que haya producido una obra gloriosa en ese periodo de tiempo.

Ese premio extraordinario se distribuirá este año por primera vez en la sesion de las cinco academias en agosto próximo, á la par que el premio bienal de veinte mil francos concedido hace dos años á Feliciano David, y destinado ahora á la Academia de ciencias morales y políticas.

El estímulo en verdad merece excitar la emulacion en los artistas de gran renombre.

Mientras se ponen en escena las distintas producciones literarias que ya hemos anunciado en estas revistas, acaba de estrenarse en el Vaudeville una comedia en tres actos, de M. Alfonso Daudet, titulada *el Sacrificio*.

M. Alfonso Daudet es un joven escritor poco conocido todavía, y cuya mano inexperta se echa de ver en el desarrollo de la intriga dramática de la nueva produccion que acaba de dar en el Vaudeville.

Estamos en el bonito pueblecillo de Ville-d'Avray, donde vive una familia de artistas. El padre es un pintor romántico que desdeña la escuela contemporánea, y se ocupa en pintar cuadros de un colorido extravagante y de un dibujo imposible, los cuales se despachan todos para América, pues la Francia no se halla ya en estado de comprender el mérito de tales pinturas.

Así lo cree el desdichado artista; pero lo cierto es que si no fuera por su hijo, que oculta cuidadosamente las obras de su padre diciendo que las envía á los Estados Unidos, y satisfaciendo su importe con el producto de su propio trabajo, la familia tan dichosa de Ville-d'Avray caería en la mas profunda miseria.

Sin embargo, el trabajo del hijo no basta ya para las exigencias del padre, y la estratagema se descubre. El artista romántico encuentra todos sus lienzos amontonados en un desvan, y gracias á la casualidad de que un amigo de la casa pide la mano de la joven, y con su riqueza los salva á todos de sus apuros, el artista romántico puede continuar pintando á su antojo, y el hijo, dotado de un talento mas positivo, puede dedicarse con tranquilidad á una profesion que ya le ha dado fama.

Vemos pues que la pobreza del argumento llega hasta los últimos límites; pero en cambio la obra está bien escrita, no carece de interés en ciertos detalles, los caracteres están bien sostenidos, y por último, la ejecucion nada deja que desear, sobre todo por parte de M. Delessart, que hace el papel del buen hijo que se sacrifica continuamente, con una perfeccion suma.

MARIANO URRABIETA.

Trasformacion

DE LOS CERROS DE MONTMARTRE.

De todos los barrios de Paris que la obra de M. Haussmann ha trasformado en los últimos quince años, no hay uno que haya inspirado mas proyectos que el de los cerros de Montmartre. Por fin llegamos al término en que se va á operar la deseada metamorfosis; pero antes de haberse adoptado el plan del municipio, ¿qué de combinaciones no se han dado á luz, todas ellas á cual mas fantásticas!

Unos proponían que se arrancara de raiz el monte, como se hizo en el Trocadero, y otros, inspirándose en una idea mas poética, pensaban en Atenas, y decían que los parisienses debían imitar el ejemplo que dieron los griegos de la antigüedad. Sabido es que Atenas estaba dominada por un monte mucho mas imponente que los cerros de Montmartre; pero ¿qué hizo el genio de los artistas atenienses? Convirtió aquel monte en la maravilla de la capital de la Grecia, y en efecto, la trasformó en aquella fabulosa colina de la Acrópolis, que tenía, como una corona inmortal, el Partenon, el templo de la Victoria, el de Minerva, el Erectheum, cuyas ruinas excitan aun en el dia la admiracion del mundo.

Pues bien, decían estos artistas, dignos del tiempo de Pericles, nosotros los atenienses de la civilizacion moderna, imitemos á nuestra vez al gran pueblo artista que creó las Musas, y cuyo genio nadie ha sobrepujado: reemplacemos los vetustos molinos de Montmartre por un monumento que será un museo, y que será digno del Partenon de Atenas.

Otras quimeras podríamos citar, que naturalmente no debían ser acogidas por una administracion que atiende ante todo al bienestar de los habitantes. ¿Acaso la obra no tiene su importancia, puesto que ha costado ya 1,800 millones á la villa de Paris? Dejemos pues los sueños, y atengámonos á los proyectos menos grandiosos, pero mas prácticos y útiles del municipio.

El problema que habia que resolver era este: por una parte era preciso abrir las comunicaciones del cerro con los barrios adyacentes, y por otra, trazar las vias nuevas que debían poner en contacto los diferentes barrios de los cerros. Montmartre compone, como Bati-gnolles, Passy, Grenelle y Vaugirard, una aglomeracion importante, y la anexion de los antiguos pueblos de las afueras de Paris ha dado al movimiento de la poblacion un desarrollo que nunca ha tenido, y ha creado á la vez una mancomunidad de intereses que la administracion central debía tomar en cuenta.

La circulacion del centro á las extremidades, y vice-versa, aumenta cada dia, y justamente en Montmartre este movimiento halla dificultades excepcionales que provienen de la naturaleza del terreno. Las nuevas vias proyectadas representan pues un interés de primer orden, y para dar satisfaccion á ese populoso barrio, el municipio va á emprender la série de obras que mencionaremos á continuacion, y cuyo aspecto á vista de pájaro reproduce nuestro dibujo.

Habia dos sistemas: podíase surcar la montaña por diferentes lados abriendo de su base á su cumbre nuevas vias, ó bien aplicando allí la combinacion de los anchos bulevares que hay actualmente en todo Paris, se podia tambien dar la vuelta á toda la montaña por grandes arterias reunidas entre sí mediante calles secundarias, reuniendo estas nuevas vias con las líneas principales ya existentes.

Basta señalar estos dos sistemas para comprender que el mas ventajoso es el segundo. Se han decidido pues por un sistema de vias que circulará en torno de la montaña, y los planes del ingeniero en jefe de la villa de Paris, M. Alphand, son satisfactorios bajo este concepto.

Una de las nuevas vias, el boulevard Ornano, situado al Este, se halla ya abierto á la circulacion; pero este boulevard no presenta por cierto el interés de los otros dos cuya vista ofrecemos á nuestros lectores.

El mas importante de los dos es el que ocupa el centro de nuestra lámina, y que pasa por un viaducto por encima del cementerio Montmartre. Principiemos por exponer el trayecto de la via desde que empieza hasta que acaba. La calle tiene su punto de partida en el boulevard de Clichy, entra inmediatamente en el viaducto del cementerio, y sigue luego el contorno de la montaña principiando por el lado Oeste. Despues de haber llegado hasta media cuesta en cada uno de los vertientes, desemboca por el Este en el barrio Clignancourt y llega al boulevard Magenta. Así pues: punto de partida, boulevard de Clichy, grande arteria, punto de llegada, boulevard Magenta, grande arteria tambien, y la línea en todo su trayecto ha puesto en comunicacion directa y fácil todos los vertientes de la montaña.

En cuanto al viaducto del cementerio, cuyo aspecto se puede ver en nuestro dibujo, se construirá con arreglo á un sistema particular para respetar la integridad de las tumbas. El tablero de este puente metálico tendrá paredes á los lados de dos metros de altura, y para colmo de precaucion, estas paredes se ballarán guarnecidas exteriormente de pretilos donde caerán los objetos que los transeuntes, no obstante la altura, podrían arrojar por encima del viaducto. El campo santo del Norte quedará pues preservado de todo acto profano, y el respeto de las tumbas nada tendrá que temer de las proyectadas obras.

Pasemos á la segunda via que debe, como la primera, seguir el contorno de la montaña, pero por mas ar-

riba de la otra. Esta segunda grande arteria está principalmente destinada á poner en comunicacion entre si todos los vertientes de los cerros. Su trazado comienza en lo alto de la calle Lepic, y continúa esa gran línea á la izquierda, siguiendo la montaña, hasta que desemboca en la cumbre del cerro donde habrá un jardín.

Estas son las dos vías principales; pero claro es que para poner en comunicacion entre si estas arterias, y tambien para que comuniquen directamente con los diferentes lados, Clichy, Saint-Ouen y Clignancourt, se abrirán muchas calles secundarias sobre las cuales nada diremos, porque no son, en cierto modo, sino el complemento del trabajo que señalamos.

Operada esta trasformacion, fácil es comprender las mejoras que debe introducir en Montmartre las comunicaciones entre la montaña, los barrios contiguos y el centro de la ciudad; comunicaciones tan cómodas como rápidas entre las diversas partes de los cerros; nuevos barrios abiertos á las construcciones baratas; aumento de valor dado á los terrenos; hé ahí los resultados ciertos de esa nueva operacion de la villa de Paris.

Aun nos falta señalar una de las obras que figuran en el primer término de nuestro dibujo, esto es, de la estacion fúnebre del ferro-carril de Mery del Oise. La construcción que damos no está adoptada definitiva-

mente, pero figura en el sitio que debe ocupar, en la esquina de la calle Capron, á la entrada del puente que comienza la primera gran via circular de Montmartre.

Esta cuestion del cementerio de Mery del Oise es objeto de las discusiones mas acaloradas. En medio de las recriminaciones que surgen por todas partes, y que van á producirse en la tribuna del Cuerpo legislativo, hay una muy legitima, y es la que echa en cara á la Prefectura de Paris esa omnipotencia con la cual zanja á su gusto todas las cuestiones. En presencia de un interés sagrado que interesa á todas las familias parisien- ses, habria sido prudente abstenerse de todo acto de autoridad y no proceder á la trasformacion de los cementerios de Paris, sino despues de una informacion contradictoria estudiada.

En cuanto al fondo de la cuestion, no puedo existir ninguna crítica plausible. Hace largo tiempo que los tres cementerios de Paris son insuficientes, y además está reconocido que pueden perjudicar á la salud pública por la grande aglomeracion de los cuerpos.

Con el inmenso ensanche que ha tenido Paris, se hace indispensable cambiar el lugar de las sepulturas. Mas no insistiremos aquí en este debate, que tendremos ocasion de exponer mas largamente cuando demos los dibujos de Mery del Oise.

H. V.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

— ¿Y á tí, qué te parece la blanca?
 — Hermosa y coqueta como ninguna de sus compañeras.
 — ¿Coqueta?
 — ¿Y por qué no? las pobres tambien coquetean á su modo.

Crisanta habia extendido un mantel sobre la plegadera y el poleo de la orilla de un arroyo que bajaba por todos los potreros, en direccion á la casa de la Esmeralda, y tambien reunió las gentes del corrillo aristocrático para darles *las once*, aunque era mas de la una.

Consistia la refaccion en unos bocadillos, algunos dulces de Bogotá, queso muy bueno de la misma hacienda y un botellon de leche, que no se sirvió en copas sino

nas de trillar como las que yo ví en los Estados Unidos?
 — Porque de allí no quieren nuestros prohombres sino las instituciones, que para nosotros no pueden pasar de teoria, pues nuestros pueblos no son de republicanos. Ya Vd. lo habrá notado que no se dejan gobernar de los hombres de casaca negra.

— Pues yo ví en los Estados Unidos diez máquinas de trillar en un distrito pequeño.

— Aquí en Bogotá hay diez imprentas, mientras que no hay una sola máquina de trillar en todo el canton ni en parte ninguna de la sabana.

— ¿Y qué dicen los hacendados que han ido á pasear á Inglaterra, á los Estados Unidos y á Paris?
 — Ellos de lo que nos hablan es del hotel, del teatro y de otros lugares mas curiosos, pero secretos.

— Me admiro de que ni uno solo de los que han ido haya montado un buen trilladero en que se trillen veinte cargas en un dia.

— Pero en los graneros les llevamos ventaja los granadinos. ¿Y si no digame Vd. en cuánta extension de enramadas hubieran cabido en los Estados Unidos esos sesenta montones que me darán cerca de mil cargas de trigo?
 — Habria necesitado Vd. de un convento entero.

— Pues vea todo ese trigo al aire libre y sin riesgo

de mohosearse; allí se puede estar por tres ó cuatro años. Vea Vd. esos conos de manojos de trigo; tienen diez y seis varas de circunferencia y trece de altura, y las espigas están mas libres de mojarse que la caja de la hacienda.

— ¿Y no piensa Vd. en poner una máquina de trillar para no lidiar mas con las yeguas y las harneadoras?
 — Sí pienso; pero así que otro haya puesto la suya.

A este tiempo se apareció Crisanta por entre los montones á llamar á los dos señores para que fueran á comer, y don Demóstenes le dió las tórtolas que habia matado.

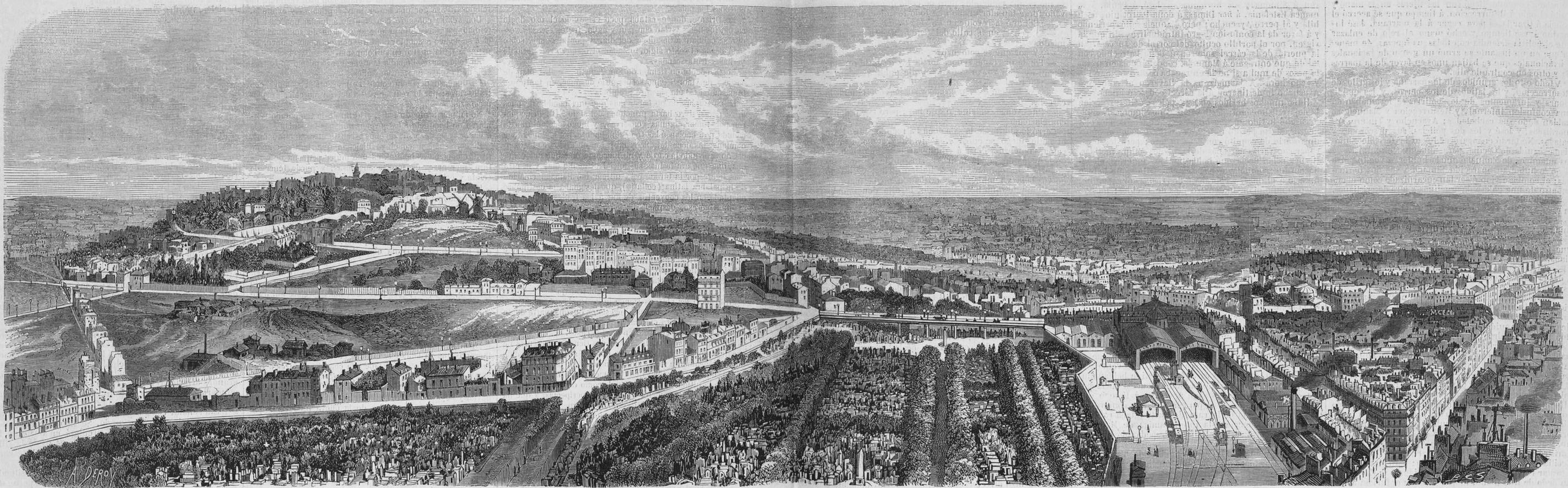
La mesa de don Alfonso era selecta en gusto y en abundancia, y no hubo mas variacion en la comida, que la de un principio nuevo y de un postre, que ordenó la señorita Celia desde antes de irse á la sementera. Don Alfonso tenia buenos vinos, y en este dia quiso escoger del mejor para su huésped. La comida estuvo silenciosa; en toda ella no hubo mas plática que la de Celia con don Demóstenes, y esta fué en un idioma que no todos entienden; esto es, el de las miradas, que son el lenguaje ordinario del amor.

Como las señoras de la Esmeralda no escondian cuando tenian huéspedes lo que comian en los dias comunes de la semana, figuró en la mesa la sustanciosa *ma-*

zorra de pisto, con todos sus adherentes, y unos bollos de mazorca, hechos de mano de doña Natalia, de los que no quedó disgusto al huésped.

Despues de la comida se fueron apartando poco á poco las gentes y ya no quedaban en el comedor sino don Demóstenes y su amada, seguramente por distraccion. Hablaban un poco bajo; al principio riéndose, y despues mirándose con seriedad, y á lo último como aterrados por alguna idea espantosa. Celia se quedó llorando, con el codo en la mesa y la mano en la frente, cuando don Demóstenes se levantó á despedirse de la familia, pidiendo órdenes para una parroquia de tierra caliente. Despues se pasó la señorita á la baranda de uno de los corredores de flanco que daban vista á una de las huertas, y que tenia una hilera de saucos muy elevados: allí la encontró Felisa y le dijo:

— ¿Por qué lloras, Celia?
 — Por nada: ¿por qué me lo preguntas?
 — Porque te veo los ojos mojados.
 — Mira, Felisa, es que he divisado un porvenir horroroso.
 — ¿Los dos meses de ausencia de Demóstenes? ¿Eso es mucho apurar!
 — ¡Qué ausencia, ni qué nada! Voy á decirte, pero muy en secreto.



PARIS. — Vista general de las nuevas vías proyectadas en los cerros de Montmartre.

en totumas. Fué muy alegre la tertulia de los calzados, porque la relacion de lo sucedido con la aventura de las vacas, fué muy fecunda en chistes y carcajadas. Sin embargo, el autor de todo el mal, tenia la mandíbula puesta sobre los brazos extendidos, y puede decirse que comia con los amos en una misma mesa, aunque no con todo el gusto de Crisanta, que creia firmemente que aquello no era sino un acto de mala crianza de Ayacucho, habiendo señoritas en la mesa.

Francisca ofreció á las señoras un plato de papas cocidas, y en reciprocidad se le dieron bizcochos, que ella repartió en porciones infinitesimales entre todos los peones, segun la costumbre de la Sabana, que es un bello principio de fraternidad.

El ciudadano mayordomo dió la voz de «¡arriba, mujeres!» y todos los corrillos se fueron á colocar en los surcos que les correspondian.

El birlocho habia venido por orden de don Alfonso, y las cuatro señoras y don Demóstenes volaron pronto por el llano sin ruido ninguno, dejando escasamente una huella sobre las gramas de que se hallaban alfombrados los potreros. Las vacas fueron ahora las de la sorpresa, porque huian de la carroza, como si hubiesen visto las huellas de un tigre. Ayacucho tuvo que seguir á pié, tal vez por modestia, segun lo contemplado que

lo tenia su amo; si hubiera hecho alguna manifestacion á tiempo, es seguro que lo habria subido al coche para colocarlo de peana de las señoras. Don Alfonso se fué á caballo en su fa noso alazan, cuyo movimiento era tan blando como el de la carroza. Crisanta se constituyó en apéndice de las cargas del carro, con poca resistencia del carretero, que era tan comedido con las señoras de su clase, como don Demóstenes con las de la suya.

Así que se desmontaron las señoras, don Demóstenes fué convidado por el patron de «La Esmeralda» á ver lo mas curioso de la hacienda y de los contornos de la casa, viendo de paso una docena de peones que harnearan por el método de Dulcinea en el siglo XVI, cuando don Quijote reconvinó á Sancho porque habia creído que las perlas eran trigo, lo cual hace entender los adelantos de la maquinaria en los paises que marchan á la vanguardia; aunque tambien es cierto que si hubiera máquinas de trillar, los peones no ganarian lo que ganan subsanando lo daños del trilladero, apartando del trigo los terrones, los fragmentos del estiércol y las basuras y el polvo; ni tendrian los hacendados carne fresca de yegua para los perros de cacería en cada una de las parvas.

Despues vió don Domóstenes en la caballeriza media

docena de caballos de lo mas hermoso, y le dijo don Alfonso cuál era el que montaba cada una de las señoritas.

De allí pasaron á la era, en donde mató don Demóstenes una docena de tórtolas que recogian el trigo regado, como lo hacen las infelices indias de los pueblos de la Sabana.

— Vea Vd., le decia don Alfonso al jóven bogotano: este trilladero me ha costado mas de trescientos pesos; porque los materiales se han trasportado en los carros desde muy lejos y he tenido que renovarlos.

— ¿En dónde está el trilladero? dijo don Demóstenes, mirando para todas partes.

— Este sobre que estamos parados.

— Yo creia que era un patio cualquiera.

— No, señor, es mi trilladero, con ochenta yeguas nueve peones echo un monton en un dia, que me da veinte cargas de trigo, que es todo de harina de torta y de bizcochuelos; no tiene mas inconveniente sino el de que, cuando llueve por alguna casualidad, se moja todo el trigo, y el estiércol de las yeguas le suele dañar, lo que es mas comun al tiempo de remoler, porque parece que estas tambien tienen sus caprichos que no abandonan aun cuando se les ande con la zurriaga.

— ¿Y cómo es que no han puesto aquí tantas máqui-

— Ya sabes que yo jamás digo nada, sino á mamá, que es la que debe saberlo todo, porque es nuestra mejor amiga.

— Pero yo deseo que ella no sepa nada hasta que vayamos á Bogotá, que me parece será muy pronto.

— Bueno, mi querida hermana.

— Pues te diré que Demóstenes me ha prohibido una cosa que nunca esperaba.

— ¿Qué te ha prohibido?
 — Ser católica.

— ¿El? ¿Siendo tolerante por escuela y por opiniones políticas?
 — El, mi querida hermana; me ha vituperado mi sumision al gobierno teocrático del Pontífice de Roma, explicándose de una manera que no me ha gustado con respecto al matrimonio católico; en fin, me ha prohibido que me confiese.

— No te asustes, mi querida Celia, dijo Felisa, con una prudencia admirable. Estas palabras te han causado impresion por la franqueza con que te ha hablado Demóstenes. Al fin el amor ha de venir á decidir de todo, y tambien la prudencia, como dice mamá, si tú conservas dignidad para con él; si sigues siendo amada, él cederá de su intolerancia, y aun te digo mas, que cambiará en muchas de sus opiniones.

— Pero prohibirme que me confiese!
 — ¿Y tú no le hiciste alguna prohibicion á tu vez?
 — No, niña, yo ¿qué le iba á decir?
 — ¿Cómo no? cualquier cosa; que no pertenezca á una sociedad, hasta que tú sepas los fundamentos de ella. ¿No sabes que él quiere que se sancione la soberanía de la mujer y que es el radical mas decidido que yo conozco por la igualdad social?
 — Algunas luces me das con tus palabras; pero el hecho es que mi corazon se halla despedazado. Pienso escribirle una carta muy larga, que te mostraré luego que la tenga en borrador.

Ya casi eran las seis: los saucos gigantescos remedaban figuras de espectros y toda la naturaleza parecia que lloraba la pérdida de la luz, del calor y del movimiento. Celia se habia quedado recostada en la baranda y, enjugándose los ojos, dijo á su hermana estas palabras:

— ¿Qué triste es el campo á esta hora, Felisa!
 — Lo mismo que la ciudad, me parece.

— No oyes las ranas de la laguna? No sientes los berridos de los terneros! ¿No han herido tus oidos los chillidos de los gansos que venian á buscar la cuadra? No ves todas esas aves que se levantan del pantano por bandadas, en busca del rio, lanzando ese fúnebre la-

mento de *guac, guac*? ¿No es todo eso para desgarrar el corazon menos sensible?
 — ¿Y los toques de la oracion en Bogotá? ¿Y el golpe de las ventanas que se cierran? ¿Y la vela atravesando los dilatados corredores? ¿Y el lamento de los mendigos que se retiran á botarse en un rincón pestilente? ¿Todo esto no es triste, muy triste, cuando estamos en la ciudad?
 Las señoritas se retiraron de la baranda del corredor, y á poco rato llamó á rezar doña Natalia.

El oratorio era una pieza pequeña, con una especie de mesa de estuco, sobre la cual habia una imagen de la Virgen de los Dolores en medio de dos grandes candeleros de plata.

Don Alfonso se habia quedado sentado en su poltrona en el corredor, porque estaba enfermo, estropeado de los trabajos del dia. Entre el murmullo del rosario que se esparcia por los corredores y pasadizos, oia con dulce emocion las voces de sus hijas, que sobresalian entre las demás.

A los dos dias se sintió mas quebrantado don Alfonso y la familia tuvo que volver á la ciudad. En el mismo dia llegaba don Demóstenes á la parroquia, despues de pasar una mala noche en Malabrigo, como lo hemos visto en el capitulo primero de esta verídica historia.

XIII.

REVOLUCION.

Era lunes, día muy aciago en las parroquias de tierra caliente. La gente de la casa de Manuela se había trasnuchado en el baile, y habiendo quedado el portillo abierto por causa de Ascension, que fué la última que entró á la madrugada, la marrana grande se había salido sin la orqueta legal, y sabiendo don Tadeo que andaba en el ejido, se aprestó para terminar de una vez una trama que tenía preparada, y dió todas las órdenes del caso.

No tardó mucho tiempo en aparecer corriendo por la mitad de la calle del Caucho, la marrana de Manuela, seguida por el alcalde y un policía, que le tiraba lazos inútilmente. Resurreccion, la entenada de don Tadeo, que estaba echándole de comer á unos pollitos en la puerta de la calle, azuzó á *Tintero* y á *Papel*, los perros de su padrastro, para que acometiesen á la marrana y la acosaran contra la pared. Ayacucho se puso en movimiento excitado por el alboroto, y les acometió á los otros dos perros; pero salió Resurreccion á pegar á Ayacucho con el palo de la escoba, y Manuela, que se había levantado del quicio de la puerta de la casa, donde estaba cosiendo, llegó con las tijeras en la mano y quitó el palo á Resurreccion, á tiempo que se acercó el policía á tirar lazos para coger á la marrana. José intervino á ese tiempo y echó mano al rejo de enlazar que el policía defendía con todas sus fuerzas, de manera que en un instante se armó un grupo de racionales é irracionales que se batían unos en favor de la marrana y otros en contra de ella.

A todo esto los gruñidos de la marrana y los gritos de Resurreccion, y los latidos de los perros, y las maldiciones y juramentos de los policías se levantaban en una confusion infernal, y Resurreccion y Manuela se habían dado sus cachetadas; Ayacucho y Tintero, sus mordiscos, y José y los dos policías, sus pescozones y patadas. No tardó en aparecer luego la terrible Sinfioriana seguida de Cecilia, para aumentar el número de los enemigos de Manuela, que la hubieran vuelto polvo si no se hubieran aparecido Simona y sus dos hermanas; el combate vino á ser tan encarnizado como el encuentro de una galera de argelinos y otra de cristianos.

— Manuela le ha pegado á Tintero y me ha quitado la escoba, gritaba Resurreccion llorando.

— Por defender mi marrana, que nada les estaba comiendo, respondió Manuela muy enojada.

— ¡Por defender el perro del alojado, que te parece que te ha de durar para siempre! le contestó Sinfioriana.

— ¡Vieja bruja! gritó la valiente Simona, podías irte á dar crianza á tus dos hijas, que la niña Manuela no es ninguna...

— ¡Anda, demonio de rea! que no por buena te tuvieron en la reclusion de Guáduas. ¡Rea, rea!

— Vieja consentidora, le gritó Soledad, la hermana de Simona; ¿quién te mete á defender los perros de don Tadeo? ¡Ladrona, sonsacadora!

Simona y Sinfioriana estaban agarradas, la última le había mordido un carrillo á su enemiga, y ambas estaban de sangre que no se conocían. Marta había llegado á tiempo que Resurreccion le iba á tirar á traicion á Manuela, y la derribó por tierra. Doña Patrocinio estaba horneando unas almojábanas y cuando sintió el alboroto y conoció la voz de Manuela, salió corriendo con el delantal puesto, y con un pañuelo blanco prendido en la cabeza, que le cubría toda la espalda; se presentó acezando y con la pala de hornear en la mano, y al ver que Sinfioriana le iba á tirar á Manuela, le enristró la pala, y la hubiera partido por el pecho si Cecilia no le hubiera cogido el palo; pero Manuela por rescatar la pala le dió un ligero piquete á Cecilia en un dedo de una mano, lo que hizo poner furiosa á Sinfioriana; la bulla iba siendo mayor á cada momento, y los gritos y las injurias menudeaban mas á proporcion que iba creciendo el número de actores y de espectadores.

El sacristan estaba durmiendo, y luego que oyó los gritos y vió que se levantaba el humo de un poco de paja que habían prendido en el solar de don Tadeo, corrió al altozano, cogió los rejos de las tres campanas y se puso á tocar á fuego.

— ¡Fuego en la calle del Caucho! gritaban los que veían el humo.

— ¡Corran á apagar, corran á apagar! decía el sacristan, convidando á los que pasaban.

Todos los que iban llegando al sitio de la novedad se encontraban con el alboroto de una riña general, en la que los combatientes no tenían divisa, aunque se conocían los partidos. Los del partido de don Tadeo, peleaban en favor de *Papel* y *Tintero*; los del partido de Manuela comenzaron por defender á la marrana: manuelistas y tadeístas eran griegos y troyanos en aquel día. La calle se obstruyó completamente, llena de partidarios decididos. A lo último llegó el afamado Juan Acero, y entendiendo bien la causa que sostenían los dos policías y la denodada Sinfioriana, empezó á distribuir garrotazos entre los manuelistas, hasta dar con el sabanero, que le cogió á un descuido el arma fatal; y en esta brega caían y levantaban, no queriendo soltar su garrote el Hércules de la parroquia, y resistiendo lo mejor que podía la arremetida del sabanero, al mismo tiempo que los pescozones de los otros combatientes

eran bien nutridos y los garrotazos bien dirigidos, de manera que ni el uno ni el otro partido daba señales de ceder; y al mismo tiempo los gritos eran espantosos, pero no se distinguía bien sino la interjeccion favorita de los que hablan el español, y las injurias de marca mayor.

— ¡Vieja langaruta! gritaba Simona á la valiente Sinfioriana, ¡vieja bruja, vieja consentidora, vieja ladrona!

— ¡Tinaja con patas! gritaba Sinfioriana á la señora Patrocinio... ¡Vieja estafadora! Y daca de rezandera y de amiga de ir á la iglesia á rezar estaciones en cruz.

El señor alcalde no se apareció hasta lo último, acompañado del juez primero, del ciudadano Dimas y de unos cuatro tadeístas; y agregado á Juan Acero y á otros de la misma parcialidad, empezó á coger prisioneros para llevarlos á la cárcel. Sin embargo, á José no pudo rendirlo con cuatro, porque este había quitado el garrote á Juan Acero y les hacia frente, teniendo la retaguardia cubierta por la pared de la casa: José estaba enseñado á contrarrestar á número infinitamente mayor. Fué una temeridad que los tadeístas no se atrevieron á ejecutar, la de matar á José para prenderlo, y le propusieron que entregara el garrote y quedase arrestado mientras parecía su patron, prometiéndole no amarrarlo ni insultarlo.

De este modo quedó triunfante la señora Sinfioriana y todo el partido tadeísta. El juez y el alcalde prendieron á Simona y sus hermanas, á José, á Paula, á la manca Estefanía, á *Ñor* Dimas, á doña Patrocinio, á su hija y al perro Ayacucho; pero Manuela salió corriendo y á favor de la confusion logró introducirse, sin que la viesen, por el portillo oculto del corral de su casa. En la puerta de la cárcel soltaron á doña Patrocinio con tal de que entregase á Manuela, condenándola en treinta pesos de multa si no la entregaba dentro de cuarenta y ocho horas. A la marrana la llevaron al coso, y á Ayacucho lo destinaron á la cárcel con José Fitatá.

Hubo muchos heridos en esta pelea; á Resurreccion la dejaron sin camisa las hermanas de Simona. *Ñor* Dimas salió herido en una oreja, Paula quedó con los ojos negros, Marta perdió mucha parte de su pelo castaño y un rosario de coquito con cruz de oro; pero logró escapar con varias personas de las menos comprometidas. Resurreccion decía que había tambien muertos, alegaba porque Manuela le pagase ocho pollos que habían muerto á pisonés, y cobraba á dos reales por cada uno, cuando no tenían sino cuatro días de nacidos; mas ya tenía testigos para probar que tenían un mes, y que eran ocho, siendo así que no habían sido sino dos.

En la calle tomó el alcalde, antes de enviar los presos, dos garrotes de chicalá y uno de guayacan, una pala de hornear, unas tijeras de costura, dos palos de escoba y una zurriaga, como armas ofensivas, que debían servir de cuerpo de delito. Se perdieron varias fincas en el conflicto, tales como una sortija de tumbaga de Manuela y las cuentas de su rosario, y una cajetilla de lata con siete reales en medios y cuartillos, que doña Patrocinio había llevado en el seno, y eran los trueques de la tienda.

Don Tadeo, autor de todo este trastorno y aun director de él, porque desde su alcoba había estado dando órdenes á los de su cuadrilla, se había contentado con mirar la pelea por la rendija de la ventana, apuntando fielmente las circunstancias en su cartera, porque de aquella pelea se prometía sacar grandísimas ventajas.

No estaban todavía las caras lavadas ni se habían mudado los que habían salido rasgados ó sucios de la pelea, cuando las causas estaban andando, á tiempo que se rodeaban algunas casas para buscar á los comprometidos. La manzana de la casa de Marta estaba rodeada con el fin de coger á esta íntima amiga de Manuela, que por pelear á su lado le había despedazado la camisa bordada á Resurreccion.

El cura y don Demóstenes se habían ido al Botundo ese día; el primero á llevar unos medicamentos á *Ñuá* Melchora, y el segundo á buscar pabas. El cura convidaba casi siempre á don Demóstenes á sus paseos, porque gustaba mucho de su compañía. Llegaron á la parroquia, y despues de dejar en su casa don Demóstenes á su amable compañero, se fué á su posada muy contento porque había traído muchas aves, plantas y una mariposa de una variedad muy rara, y entró llamando á Manuela para mostrarle una flor.

— Escuche, don Demóstenes, le dijo doña Patrocinio, y sin hablarle otra cosa se puso el dedo sobre la boca.

— ¿Manuela? preguntó el alojado.

— ¿No le digo? le contestó la señora.

— No me ha dicho usted nada, y yo necesito á Manuela.

— Ni la nombre, señor, si no la quiere perjudicar.

— ¿Perjudicar?

— ¡Sí, señor! ¿Luego Vd. no ha tenido noticias de la revolucion?

— ¿Estalló ya?

— ¡Ave María! Una cosa estupenda.

— Esperando estaba yo esa novedad. ¿Quiénes habrán muerto?

— Dos pollos de poca importancia. Pero señor, ¿qué desgracias las que ha habido, y todo por ese demonio de embozado, que es el autor de todo! La cárcel está llena de presos.

— Explíquese Vd. ¿Han venido tropas?

— ¿Qué tropas, ni qué diablos!

— ¿Entonces?...

— ¡No hable recio, por Dios! Sea Vd. un poco discreto, porque los tiranos están triunfantes,

— ¿Cuáles vencieron, pues?

— Los tadeístas; pero porque el juez y el alcalde los auxiliaron, porque, ¡ah gente para ser sostenida! Simona se ha portado como el mejor de los hombres, y José triunfaba de mayor número siempre que lo atacaban.

— Por cada explicacion de Vd. me quedo mas confuso: dígame claramente lo que ha habido aquí ó en Bogotá, ó en ambas partes, y sáqueme de dudas, que ya usted me tiene loco.

— Pero éntrese á la alcoba, porque si nos oyen conversar nos apresan.

— ¿Por conversar? ¿Luego el pensamiento y la pluma y la lengua no tienen garantías en todos los países libres, y mucho mas en el nuestro desde que se publicó la Constitucion de 21 de mayo?

— Aténgase y diga Vd. algo contra la ley de la horqueta, ó contra don Tadeo, y verá si tambien va á templar á la cárcel, en donde se hallan presos actualmente su criado y su perro...

— ¿Mi perro? ¿Preso mi perro?

— Sí, señor, yo para qué le voy á mentir; y á Manuela la tengo escondida porque la quieren meter al cepo, y si me la cogen, ya sabe que hasta Guáduas va á parar, porque todas estas son tramas de este judío de don Tadeo, que ahora acaba de salir de aquí. *Ñuá* Remigia, la mujer del sacristan, me ha impuesto de muchas cosas que yo no sabía, y me ha dicho que la revolucion ha sido una trama para coger á Manuela. A mí se me estaba poniendo; pero no creía que este encuevado fuese tan afortunado que todo le saliera tan bien.

— ¿Conque la revolucion ha sido aquí?

— Sí, señor, en la calle del Caucho; pero eso daba miedo.

— ¿Y por qué se comenzó?

— Por la marrana, señor, por la ley de la horqueta; y para eso que Vd. mismo fué el que publicó esa ley.

— ¡Picaros!

— Y ya le digo que su criado y su perro están en la cárcel.

— Pues venga, dígame lo que hay; pero con orden y con claridad.

Cerró la puerta de la sala doña Patrocinio; miró para el patio, luego se entró á la alcoba y, sentada en la cama, comenzó á decir á su alojado todo lo que hubo en la pelea de por la mañana, sin omitir las desvergüenzas y los oprobios que se habían dicho; pero todo en voz baja y temblando, y atisbando no la fueran á oír. Y despues que hubo acabado, le dijo don Demóstenes:

— ¿Y ese don Tadeo, qué casta de pájaro es?

— Es una buena paba, señor don Demóstenes.

— ¿Es liberal ó conservador?

— Casi no lo puedo decir. El echa contra los ricos, contra los curas, contra los monopolios, y todos los lunes predica en la calle y en el cabildo en favor de los derechos del pueblo.

— ¡Liberal legítimo!

— Y cuando estuvieron las tropas del general Melo en la cabecera del canton, él les mandó á avisar en qué haciendas habían de coger bueyes, y mulas, y pailas de cobre.

— ¡Draconiano! Partidario del ejército permanente, de la pena de muerte, de las facultades omnimodas del Poder Ejecutivo, del centralismo, de la teocracia á medias y de los códigos fuertes. ¿De dónde salió ese sugeto que Vds. tanto veneran?

— Vino en clase de peon, de los cantones de mas allá de la sabana. Al principio trabajó en la hacienda de don Blas, despues se vino á vivir á la parroquia y se ocupaba en hacer boletas de *compariendo*.

— ¿De comparando?

— Eso es, de comparando; y luego comenzó á escribir documentos; y luego á sacar las listas del trabajo personal y de las elecciones, mordiéndoles á los jueces y alcaldes mas de lo que valían; y luego se hizo director de los jueces, y en este oficio empezó á ganar mas plata enredando á los vecinos con alegatos y pleitos; luego se hizo director del cabildo y quedó mandando en todos los asuntos de la parroquia. Pero no paró en eso, sino que se los fué ganando á todos poco á poco, á unos porque lo necesitaban para que les sacase con bien de sus empeños, á otros para que les ayudase á hacer sus picardías, y otros la iban con él por el miedo; de modo que vino á lograr tenerlos á todos bajo su dominio. Y lo peor es que es el único que entiende y registra la Recopilacion Granadina. De modo que hoy el señor don Tadeo entiende en elecciones, cabildos, pleitos, contribuciones y demandas; pero sacando de todo su tajada, y haciendo que le sirvan de balde los que le necesitan; y todavía no es eso solo, sino que don Tadeo interviene en los testamentos, y en los casamientos, y en las peleas de las familias, y en los bailes, y en las fiestas y en todo. Todo esto se le pudiera aguantar; pero ha de saber el señor don Demóstenes que el mismo partido que tiene entre los hombres, quiere tenerlo entre las muchachas del pueblo; y su empeño es que todas ellas, mayormente las mas bonitas, estén sujetas á sus antojos. De unas consigue todo lo que quiere, como de la Cecilia, la hija de la vieja Sinfioriana, y lo consigue con su poder y con sus intrigas. A las que lo aborrecen las persigue y las tiraniza para salirse con sus intentos. Y esto último es lo que está sucediendo con Manuela, que ya la tiene aburrida con leyes del cabildo para perseguirle sus animales, y armando peleas en los bailes, desterrándole al novio, poniéndonos sobrenombres á todos los de la casa, y haciendo que nos insulten y nos inquieten las mujeres de su partido. Para todo esto tiene él testigos falsos, y espías, y brazos

secretos, y sabe falsificar todas las letras y las firmas, y sabe hacer y desbaratar los sumarios del modo que le tiene mas cuenta, y está al partir de un confite con don Matías Urquijo, que según dicen es el que gobierna la junta *cuatrecera* que ha hecho tanto ruido en este canton.

— ¡Un Rodin de parroquia! exclamó don Demóstenes, un Rodin liberal, porque hay Rodines liberales y conservadores. ¡No está la parroquia mal encabada!

— Un gamonal, es como lo llaman; y para esto que se le metió de suegra la vieja Sinforiana, y ella le ayuda en todo lo que puede, con las dos hijas, que son el puro Pátas, porque como dice el dicho: «de tal palo, tal astilla.» Como la vieja *Injuriana* no hay un demonio igual ni en los infernos. La llaman la Víbora porque tiene unos dientes, y una lengua y unos artificios... Tiene un salvaje de marido, que lo tiene embobado, pues dicen que de noche lo arropa con su mantilla así que se duerme, y por eso no hace sino lo que ella le manda. Ella contrata destajos de desyerbas ó siembras en las haciendas, y los hace trabajar como esclavos, á él y á sus dos hijos y á la hija Pacha, porque la Cecilia corre de cuenta del gamonal. Siempre verá Vd. que la Víbora se junta con muchachas bonitas, y con ellas se va á visitar á los dueños de tierras á sus trapiches.

— ¡La señora Rodin! dijo don Demóstenes, no está mala la pareja.

— Para que Vd. vea lo que es la Víbora y lo que es el señor gamonal, le contaré lo que ambos hicieron con la niña Simona.

— Me tiene Vd. con cuidado con esta gente.

— Pues ha de saber Vd. que la Víbora saca aguardiente de contrabando en la estancia que tiene en la orilla de la montaña, en tierras de don Leocadio, y que Simona tiene su estancia en la loma de enfrente. Las hermanas de Simona son la niña Soledad y la niña María. Soledad es casada con Juan Aguilera, y como Juan Aguilera toca tiple, y lo toca por veinte y cuatro horas sin descansar, lo tiene catequizado la Víbora para que toque en los gastos, para que se le venda mejor su aguardiente de contrabando, y para más asegurar á Juan Aguilera, le hace campo para que tenga amistad con la hija, y por esto Simona y Soledad y toda la familia se hallan mal con la Víbora, y con mucha razon.

El motivo para hacerle campo á don Tadeo la *Injuriana* fué para que le librara de los guardas de la cabecera del canton su contrabando; pero en un cambio de guardas fueron estos y dieron con el saque de aguardiente de la Víbora, y le llevaron su paila, sus botellas, sus vasos, platos y pozuelos. La Víbora creyó que habia sido denunciado de Simona y sus hermanas, y juró que las habia de echar á la reclusion de Guáduas. Ella confiaba en sus dos hijas bonitas, en don Tadeo y en su crédito para con los hacendados, por los destajos que tenia contratados.

— ¿Y las leyes y la Constitucion del 21 de mayo? le preguntó don Demóstenes á su interlocutora.

— Ahora verá Vd. para lo que sirven las leyes y la Constitucion, le dijo la señora Patrocinio. Juan le metió cincuenta azotes á su esposa Soledad, amarrada de un palo de la montaña; y para vengarse de Simona y su hermana, la Víbora armó una pelea de lúnes en un gasto á la salida de una estancia. Las provocó hasta que le tiró Simona un puñetazo, y luego armó el alboroto la Víbora y acudieron las hijas, y el bruto de *ñor* Pascasio con sus hijos, y á la defensa de Simona salieron su padre y su hermana menor, llamada María. La Víbora se hizo echar sangre, las untó las camisas á todas las mujeres beligerantes y formó un depósito en el camino, de unas cuatro pulgadas de ancho. Simona y María salieron con los ojos negros y muy aporreadas. Puso su queja la Víbora. Les siguieron la causa á las Paeces, la elevaron al juez del circuito, y en menos de dos meses marcharon con una escolta las Paeces para Guáduas y *ñor* Daniel, el padre, para el presidio.

— ¿Y por qué á los Paeces? exclamó don Demóstenes.

— Porque así lo quiso la Víbora, y así lo permitieron las leyes y la Constitucion, señor don Demóstenes. Cinco meses duraron las Paeces aprendiendo á hacer tabacos tapados, encerradas entre réjas de hierro y portones terribles, llorando y gimiendo, y sufriendo azotes y baño á la madrugada, y comiendo mal y á deshoras, hasta que volvieron á los seis meses, hechas una miseria, á encontrar la casa caida y envueltos los escombros en los bejucos de bataillo, que se apoderan de todo. El viejito Daniel murió en el presidio de Tena, y este fué el resultado de la persecucion de la Víbora. Ahora, dígame Vd., qué le ha parecido el señor don Tadeo.

— Solo por decirlo Vd. puedo creer que una parroquia esté gobernada de esta suerte, en una república verdadera como la nuestra.

— Ya lo irá conociendo Vd. por la experiencia. ¡Pobre de Manuelita, que si la cogen va á dar al cepo, y á poquitos días á la reclusion!

— No lo crea Vd.; que yo la libraré de la persecucion de ese tirano vil y depravado; pero es menester que yo me vea con Manuela.

— Ella no se deja ver, señor don Demóstenes.

— Es preciso.

— No sé cómo hagamos; porque me dijo que á nadie le dijera su paradero.

— ¿Y qué hacemos?

— Hagamos una. Váyase Vd. al cabildo á ver cómo anda la causa que están escribiendo, y mientras eso yo voy adonde se halla escondida, y le tomo su parecer.

— Me parece muy acertado, dijo don Demóstenes, y se fué al cabildo, en donde encontró al juez 1º y saludándole con la debida atencion, le dijo;

— Señor juez, vengo á ver por qué está preso mi criado en esta cárcel.

— Porque se opuso al cumplimiento de la ley.

— ¿Y mi perro?

— Por la misma causa.

— ¿Conque se han opuesto al cumplimiento de la ley?

— Sí, mi caballero: iban hoy los policías á llevar la marrana al coso, porque no tenia la horqueta de la ley, y han salido á defenderla su criado José, su perro y sus caseras, han armado una revolucion, han estropeado á la señora Sinforiana y á la niña Cecilia, y han cometido muchos crímenes contra los amigos de la ley y del gobierno de la parroquia. Y si no, ahí está la sumaria que lo reza.

— ¿Y pudiera yo ver la sumaria?

— La ley no deja, señor caballero.

— Lo siento, porque como tengo ganas de comprar hacienda aquí, me gustaria saber cómo son las sumarias de esta parroquia.

— ¿Y á cuál le tiene echado el ojo, mi caballero?

— Todavía no sé; pero será á la que tenga menos arrendatarios, á causa de que pienso rebajarles las obligaciones y la paga; porque yo soy muy amigo de proteger á los pobres.

— Compre su merced el Purgatorio.

— Tal vez.

— Es la tierra mas legítima que hay para las cañas: tanto, que una mula no alcanza á llevar al trapiche todas las cañas que se cortan de una mata, porque parecen guáduas, y por lo que es las yucas, con una hay para la comida de una familia y todavía sobra. Y yo el empeño que tengo es de agrandarle á mi estancia, porque el *agüelo* don Eloy me la tiene enteramente recortada y yo me contentaré con que me la deslinden del guamo de micos al guamo cansa-muela, y de la mata de fique á la mata de chitato, y de allí á la mata de payandé.

— Sería muy justo.

— ¿Y es de veras que su merced quiere divertirse con la sumaria de la revolucion?

— Si la ley me permitiera...

— Pero habia de ser pronto, pues el señor director, el alcalde y el mozo que le ayuda á escribir se fueron á comer, porque desde las nueve no han descansado de escribir; y ya no falta sino que venga á oír su declaracion uno de los testigos que se habia ido á la cabecera del canton desde ayer, y no parece. La sumaria está guardada en el archivo, mientras que vuelven. Bien puede su merced mirarla, que por eso no tendremos novedad; pero que no lo sepa mi director, porque eso sería mi perdicion.

— ¿Cuál es la pieza del archivo, señor juez?

— Esa caja de cedro, y la llave la tengo yo.

Abrió el señor juez una caja muy grande que estaba llena de legajos de papeles atados con cintas de calceta de plátano, y comenzó á buscar don Demóstenes, haciendo de pasada algunas observaciones.

— ¿Por qué están sin romper todavía los sellos de los Repertorios y las Gacetas que vienen de la gubernacion?

— Porque hay veces que no hay aquí ningun juez ni alcalde que pueda leer los papeles del *gubernamiento* sino mi director, y él dice que esas cosas las sabe de memoria.

— ¿Por qué se halla en este archivo el cuaderno sobre el cólera? Esto pertenece á la junta de salubridad. Ni tampoco es aquí el lugar de esta pastoral del reverendo arzobispo Mosquera. Bastante hemos trabajado los liberales para que no haya patronato ni concordatos, y para que la Iglesia y el Estado queden separados para siempre. Que la Iglesia se avenga como pueda. Entrégueme Vd. ese documento al señor cura. ¿Y qué significan estos terrones aquí metidos?

— Es el comejen, mi amo, que toma posesion de todo lo que está quieto.

— ¿Dónde le parece á Vd. que esté la sumaria de la revolucion?

— En la otra esquina, me parece.

— «Remedios eficaces para el coto,» dijo don Demóstenes, y continuó con sus observaciones á la ligera. Este remedio no sirve, ó se ha quedado sin leer como las gacetas, porque la mitad de los parroquianos son cotudos, sin exceptuar al señor juez. ¡Un raton! señor juez, ¡échele mano!

— Se fué por un *uraco*, dijo el juez. Ya los ratones no dejan aquí cosa que no roan. Los presos se quejan de que no los dejan dormir. El cabildo ha aprobado una contrata en que don Tadeo se obliga á mantener un gato aquí, pagándole doce reales semanales.

— Así son todas las contrataciones con el gobierno, es decir, con el pueblo, porque el pueblo es el gobierno. Aquí hay papeles frescos, agregó don Demóstenes, y leyó: «Causa criminal contra Blas Jimenez por hurto y estropeos y violencias ejecutadas en personas de su hacienda.» «Causa seguida á Manuela Valdivia por vivir en mal estado con José Fitatá.»

— ¿Topó, mi amo don Demóstenes? le preguntó el señor juez, parado en la puerta, con el cuidado de que el director no viniese á sorprender las operaciones.

— No, señor juez; pero estoy viendo cosas muy curiosas por aquí, mas curiosas que la pastoral y los remedios para el coto. Aquí estaba la sumaria escondida en el asiento.

— Pues léala su merced; pero aprisita, no vaya el diablo á traernos al director antes de tiempo. Don Demóstenes leyó:

«Causa general seguida á los reos de conspiracion contra la ley del 18 de mayo, y contra las autoridades de la parroquia.»

Se puso á revisar el interesado, y vió el encabezamiento de toda la sumaria, las confesiones de los acusados, los reconocimientos de las heridas, y deteniéndose en una foja del expediente, leyó una de las cinco declaraciones, que decia así:

«En esta parroquia de... á 11 del mes de junio del año de 1856, yo el juez 1º parroquial, hice comparecer á... ante mi despacho, y despues de haberle leído el artículo... de la ley de la Recopilacion Granadina, dijo ser mayor de veinte y cinco años, casado segun la Iglesia, arrendatario de las tierras del señor don Matías Urquijo, y cazador de profesion; y habiéndole preguntado:

1º Si le consta que en la mañana de este mismo dia 11 hubo una revolucion en la calle del Caucho, hecha por los manuelistas, por defender la marrana de Manuela Valdivia, de que no fuese apresada, y por resistirse al cumplimiento de la ley del 18 de mayo, y á todo el gobierno de la parroquia y de la república; y dijo que le consta.

(Se continuará.)

El pabellon del depósito de los faros

EN PARIS.

El establecimiento llamado del depósito de los faros, que estaba anteriormente en el muelle de Billy, N.º 58, fué destruido cuando la trasformacion del Trocadero y ha sido trasladado á la esquina de la calle del Emperador y de la de Magdeburgo, en la misma plaza. La entrada está por la primera de esas dos calles; nuestro dibujo, tomado al sesgo, permite verle por ese y por el otro lado.

El nuevo establecimiento es de estilo Luis XIII. La fachada ofrece un arco central con tres ventanas á la derecha y tres á la izquierda, separadas entre sí por pilastras de orden dórico. Este edificio tiene una azotea, rodeada con una elegante balaustrada de piedra, que facilitará las numerosas experiencias que el servicio requiere. La entrada es del mismo estilo que el pabellon. El interior del pórtico ó pasaje es una bóveda de arista ordinaria.

Atravesado el pórtico se llega á un patio que termina en una parte circular. En medio habrá un pilon de dos metros de profundidad y diez de diámetro destinado á la prueba de boyas. En el fondo del patio y mirando á la entrada, hay una elegante casa de habitacion para el ingeniero en jefe. La entrada del pabellon está á la derecha. Hémos aquí en el vestibulo. Por un lado hay un salon de experiencias que se prolonga hasta un edificio contiguo, y cuyas ventanas están dispuestas de modo que pueda hacerse allí una oscuridad completa. Por el otro lado están el despacho del ingeniero en jefe M. Emilio Allard y una oficina para los empleados.

En el fondo del vestibulo se encuentra á la derecha la sala del Museo, donde pondrán todos los antiguos sistemas de aparatos, y á la izquierda la sala de sesiones de la comision de los faros, con mas el despacho del inspector general, y por último, enfrente hay la escalera de la torre. Detrás de esta escalera se encuentran el cuartito abierto y el arco que dan á la calle de Magdeburgo: en la pared de este cuartito estará pintado el mapa de los faros de Francia. El único piso del pabellon se ocupará con dos oficinas de empleados y una sala de archivos.

En las dependencias del establecimiento están las salas de embalaje, las de las máquinas de vapor, de las máquinas eléctricas y del depósito, así como los talleres de los operarios y la casilla del portero.

Este edificio, que vendrá á costar unos 500,000 francos, se empezó el 4 de marzo de 1867, y probablemente estará terminado en julio próximo. C. P.

Los velocíferos en el año 1818.

Nada hay nuevo bajo la capa del sol, dice un proverbio; y si se quiere una prueba mas de esta verdad, la encontrariamos mirando una antigua estampa hecha en 1818 y que merece ocupar su puesto en las galerías del *Correó de Ultramar*. Nos referimos á los velocíferos, que hoy están en moda.

Ahora bien, no es la primera vez que lo han estado, pues nuestra estampa nos dice que se ofrecian á la admiracion de los parisienses en el año 1818. Mas aun: en aquel tiempo tenian entrada franca en los jardines públicos que frecuentaba la muchedumbre elegante, corrian libremente en el Luxemburgo y tenian sus fanáticos que se excitaban por medio de la emulacion, y los paseantes les dejaban paso. Las señoras no eran las menos curiosas entre tantos espectadores.

La estampa que reproducimos, además de que nos presenta los tipos y modelos de las modas de entonces, nos demuestra tambien los progresos que se han hecho en el ingenioso aparato que nos ocupa. El estribo no existia aun en 1818, de modo que el pié descansaba en el suelo. Necesitábase pues, mucho vigor, destreza y agilidad para dar el impulso que en la actualidad da un resorte. Pero en cambio, entonces ostentaba el jinete



PARIS. — El pabellon del depósito de los faros.

la belleza y gracia de sus formas. ¿Cuántos de los del día podrían enseñar unas piernas tan bien contorneadas como las que se ven en nuestro grabado?

Por una coincidencia singular, el teatro principal de

estos ejercicios era el Luxemburgo, lo mismo que hoy sucede, pues en las calles asfaltadas del Luxemburgo es donde la gran Academia de los aficionados del barrió celebra sus reuniones.

Otra estampa de la misma colección nos muestra un ensayo de velocífero movido por el vapor; pero de esta no nos ocuparemos, pues conceptuamos que basta por hoy con lo que llevamos dicho. J. B.



PARIS. — Los velocíferos de 1818 en el jardín del Luxemburgo, dibujo copiado de una estampa de la época.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— Tened la bondad de escucharme tranquilamente, dijo Fink. Yo no abrigo en manera alguna la intencion de representar ante el señor de Rothsattel el papel de un ángel salvador. Yo no soy tan sufrido ni tan complaciente como nuestro querido Wohlfart, y sobre todo en este momento, ni me siento de ningun modo dispuesto á hacer á vuestro señor padre una oferta que pueda traducirse por un abandono ú olvido de mis propios intereses. Consideradnos en este momento como adversarios uno de otro, y mi proposicion tal cual es en sí como hecha en interés mio personal. Hé aquí la proposicion que yo hago á vuestro señor padre: el dominio, estimado en su mayor precio, no valdria hoy mas de ciento sesenta mil escudos. Os ofrezco, segun mi apreciacion, la suma mas crecida que se puede dar en este momento. Me encargo de las deudas con que está gravada la propiedad; yo entregaré dentro de veinte y cuatro horas veinte mil francos al señor baron, é inmediatamente despues entraré en posesion del dominio. Deseo que permanezcáis en el castillo hasta la próxima Pascua, y si puede conciliarse sin inconveniente por ambas partes, quisiera hasta entonces ser considerado como vuestro huésped. Yo estaré casi siempre ausente y por consecuencia seré para vuestra familia una carga muy leve.

Leonor miró con inquietud á Fink, cuya fisonomía tenia en aquel momento la dura expresion de un yankee. Perdió la poca presencia de ánimo que le restaba, y en el embate impetuoso de sus sentimientos prorumpió en llanto.

Fink se recostó tranquilamente en su silla, y sin inquietarse por la disposicion de espíritu de Leonor, continuó:

— Ya lo veis, os propongo que consintais en una pérdida: lo que yo quiero tomaros es probablemente la mitad de vuestro patrimonio: es muy natural que lo perdáis. El baron ha arriesgado con demasiada precipitacion su fortuna sobre esta propiedad. No se podrá evitar á vuestra familia el disgusto de expiar esta falta de precaucion; siendo muy cierto que el precio en venta del dominio en su actual estado no traspasaria la oferta que acabo de haceros. Yo obraria con poca delicadeza si os ocultara que esta propiedad hábilmente explotada, podrá valer el doble dentro de algunos años; pero por otra parte tengo la íntima conviccion de que si continúa por mas tiempo en manos de vuestro señor padre, no adquirirá jamás ese valor. Si Antonio hubiera continuado aquí, no él, sino las relaciones en que hemos vivido hasta aquí, hubieran podido haceros ganar esta fortuna. Ahora esta última esperanza no existe. Yo no debo ocultaros tampoco que Wohlfart acaba de proponerme que ocupe en el castillo el cargo que él mismo desempeñaba.

En medio de sus sollozos, Leonor hizo un movimiento con la mano como para rehusar esta oferta.

— Estoy muy satisfecho, continuó Fink, de que respecto á esto seamos de la misma opinion. He declinado esta proposicion de una manera resuelta y para siempre.

Despues de esto guardó silencio y examinó con aire escrutador á la jóven, cuyo corazon habian destrozado las duras palabras pronunciadas por él. El hombre á quien ella lo hubiera sacrificado todo para obtener de él una sonrisa ó una afectuosa mirada, hablaba de su padre con mal disimulado desprecio, y su lenguaje era el de un inflexible egoismo. Y sin embargo, cuando el acerbo sonido de su voz hubo cesado de vibrar, llegó al ánimo de Leonor el convencimiento de que la oferta de Fink era todavía una fortuna para ella y para su desgraciada familia.

Con la intuicion de un amante corazon presentia que bajo esta proposicion se ocultaba una idea que no concebía, pero que arrojaba como un débil rayo de esperanza en medio de su profundo dolor. Cualquiera que fuese la posicion que adoptara respecto á ella, no era un sentimiento vulgar lo que expresaba su actitud y sus maneras.

Los comprimidos sollozos de Leonor se cambiaron en copioso llanto. Intentando levantarse del sofá cayó al suelo. Permaneció así al lado de la silla de Fink, ofreciendo la imágen del sufrimiento resignado. Finalmente, sin cesar de llorar dijo:

— No me engaños; haced de nosotros lo que queráis.

Una orgullosa sonrisa iluminó el rostro de Fink; se inclinó hácia Leonor, pasó su brazo al rededor de la cabeza de la jóven, besó su cabellera y dijo:

— Mi camarada, deseo que seais libre é independiente.

La cabeza de Leonor se deslizó encima del pecho de Fink. Ella continuó llorando tranquilamente, mientras él la tenia en sus brazos. Finalmente, la cogió la mano y la estrechó fuertemente.

— A partir de este dia viviremos en perfecta inteligencia. Sereis libre, Leonor, libre respecto á mí y libre

de todo lo que aquí os molesta. Perdeis un amigo que ha tenido para vos el afecto y la abnegacion de un hermano, y yo estoy contento que se separe de vos. Yo no os pregunto hoy: ¿quereis ligar vuestra existencia á la mia siendo mi esposa? porque no disfrutais en este momento de la calma ni de la libertad necesaria para seguir los impulsos de vuestro corazon. Vuestro orgullo no os permite que digais que no, y diciendo sí, no debeis por eso consideraros menos digna de estimacion. Cuando haya desaparecido la maldicion que pesa sobre vuestra casa, y cuando os sea permitido permanecer á mi lado ó abandonarme, vendré entonces á dirigiros mi demanda. ¡Hasta entonces, camarada, vivamos como buenos amigos!

Leonor se levantó.

— Y ahora, no pensemos en otra cosa que en nuestra propiedad, dijo Fink cambiando de tono. Enjugad esas lágrimas, que no me gusta verlas en esos hermosos y rasgados ojos, y comunicad la parte oficial de mi proposicion al señor baron y á vuestra señora madre. Os suplico que me deis una respuesta mañana á esta hora, si no podeis trasmitírmela antes.

Leonor se dirigió hácia la puerta, luego se detuvo, y volviéndose todavía otra vez hácia Fink, le tendió la mano sin proferir una palabra.

Fink volvió lentamente al cuarto de Antonio y se acercó á su amigo que, con los brazos cruzados, estaba en la ventana contemplando los campos débilmente iluminados por la luna.

— ¿Te acuerdas, Antonio, de lo que me dijiste de tu patriotismo el dia que llegué?

— Hemos hablado de ello despues con mucha frecuencia, contestó Antonio con aire sombrío.

— Lo he recordado, continuó Fink. Esta propiedad no caerá mas bajo el cetro de un Bratzky. La compro, si el baron consiente.

Antonio se volvió sorprendido.

— ¿Y Leonor?

— Participará de la suerte de sus padres; estamos completamente de acuerdo.

Y refirió á Antonio la proposicion que habia hecho á Leonor.

— Espero que ahora todo irá bien, dijo Antonio.

— Aguardemos el final, replicó Fink. En este momento el pobre pecador sufre allá abajo las penas del purgatorio. Estoy contentísimo de no verme condenado á oír sus lamentaciones.

A la mañana siguiente, el criado entregó una carta á cada uno de los amigos: estaban escritas por Leonor, y su padre las habia firmado con temblorosa mano. En la carta dirigida á Antonio, el baron, en términos escogidos con gran cuidado, le pedia perdón por haberle ofendido en un momento de febril exaltacion, y le expresaba su agradecimiento por los buenos servicios que le habia prestado hasta entonces. En la carta dirigida á Fink, aceptaba su proposicion, y le rogaba que le librará lo mas pronto posible, á él, pobre inválido, de los cuidados de una administracion superior á sus fuerzas. Los dos amigos cambiaron en silencio las misivas.

— Está pues resuelto, exclamó Fink; he recorrido la mitad del mundo encontrando en todas partes algo que me disgustaba, y ahora me meto en este arenal, donde tal vez tendré precision de encender hogueras todas las noches para ahuyentar á los lobos polacos. Pero tú, Antonio, levanta la cerviz y mira delante de tí. Tú tambien regresas á un sitio donde has dejado la parte mas preciosa de tu corazon. Por eso es menester, amigo mio, que recapitulemos todavía otra vez tus instrucciones. Tú te has impuesto la obligacion de descubrir el paradero de ciertos documentos robados, pero no pierdas de vista otra obligacion no menos importante. Haz cuanto puedas para garantizar á la familia de Rothsattel la poca hacienda que ha salvado hasta aquí del naufragio. Manéjate de manera que el antiguo dominio de Rothsattel se venda por un precio que cubra todas las deudas de sus acreedores hipotecarios. Es necesario que parlas; yo no te invito á que prolongues tu estancia entre nosotros, pero sabes que en cualquier circunstancia, allí donde yo me encuentre tendrás tu casa. Ahora, tengo todavía que decirte una cosa. Sentiria verme privado de los servicios y de la inteligencia de nuestro mayordomo Carlos, que me es de suma utilidad. Emplea toda tu elocuencia para hacer quedar aquí á tu fiel Sancho Panza, á lo menos durante el invierno.

— Nadie sabe todavía que yo abandono esta propiedad, dijo Antonio levantándose. Es necesario que Carlos sea el primero en saberlo. Voy á decírselo en este mismo momento.

La sucia habitacion en que Bratzky se habia entregado en otro tiempo á sus depreaciones, estaba, gracias á los cuidados de Carlos, trasformada en un aposento habitable que no ofrecia otro inconveniente que estar enteramente lleno de objetos útiles. Carlos habia pintado la habitacion de un bonito color de rosa; en la pared se veia colgado el retrato del anciano Blücher en un marco dorado: al lado habia una gran coleccion de utensilios y de instrumentos de paz y de guerra, un fusil, un frasco para pólvora, una sierra, un hacha, una regla y una escuadra. Cerca de la ventana habia un banquillo para acepillar maderas, y se sentia por todas partes un fuerte olor á cola. Antonio habia descansado con frecuencia en la habitacion de Carlos, cuya alegría y valor le habian reanimado en los últimos momentos, en que la vida del castillo estaba para él llena de penas

y dificultades. Cuando vió aquellas paredes tan conocidas, sintió su corazon oprimido pensando que iba á separarse de un hombre tan franco y tan adicto como era Carlos. Se apoyó contra el banco de carpintero y dijo:

— Deja tus cuentas, amigo mio, y conferenciamos con toda formalidad.

— ¿Voto á bríos! exclamó Carlos, ¿ocurre algo desagradable? Conozco en vuestro semblante que ha habido un trueno gordo.

— Carlos, amigo mio, salgo del castillo.

Carlos dejó caer la pluma y observó silenciosamente la grave fisonomía de Antonio, que estaba sentado enfrente de él.

— Fink se encarga de la propiedad. Hoy la ha comprado.

— ¡Hurra! gritó Carlos; si M. de Fink se encarga... todo va bien. Estoy contento, dijo sacudiendo la mano de Antonio, que los negocios se arreglen de este modo. Esta primavera alimentaba yo ya otros necios pensamientos; pero ahora todo está en órden, y la casa tambien se ha salvado.

— De que así sea tengo fundadas esperanzas, dijo Antonio sonriendo.

— ¿Y vos? continuó Carlos algo conmovido.

— Yo regreso á la capital, contestó Antonio, tengo algunos negocios que arreglar allí todavía por cuenta del baron; luego buscaré una colocacion en una casa de comercio.

— Hemos trabajado aquí juntos durante un año, dijo Carlos afligido; para vos ha sido la fatiga, y otro reportará el beneficio.

— Ya vuelvo á la vida á que estaba habituado. Pero, querido Carlos, ahora no se trata de mí, sino de tu porvenir.

— Es natural que me vaya en vuestra compañía.

— Al contrario; yo vengo á suplicarte que renunciés á esa idea. Si pudiéramos ponernos los dos al frente de una empresa, me valdria de todos los medios para tenerte á mi lado; pero eso es imposible. Yo tengo que buscar una colocacion para mí. Jamás me he hallado en estado de asegurarme por mi solo esfuerzo una posicion independiente. He perdido una parte del pequeño capital que poseia, y no me voy de aquí mas rico que vine. Atendido todo esto, tendríamos que separarnos en cuanto nos halláramos en nuestro país.

Carlos permaneció con la cabeza baja reflexionando.

— Señor Antonio, dijo, apenas me atrevo á hablaros de una cosa en la que nada entiendo. Pero ¿no me habeis dicho algunas veces que mi padre ha atesorado, y que tiene talegos llenos de dinero? ¿Qué os parece? continuó titubeando y arrojando el formon contra la silla. Si no fuera muy poco lo que hay en el cofre fuerte... podríais tomarlo, y si se pudiera emprender algo... Ya sé que esta es una gran temeridad por mi parte, pero tal vez podria prestaros algunos servicios como socio. Esto no es mas que un pensamiento echado á volar, y espero que no os formaliceis.

Antonio contestó con emocion:

— Carlos, en tu proposicion reconozco perfectamente el desinterés que te distingue; pero yo no procedería bien aceptándola. El dinero pertenece á tu padre, y aun cuando diera su consentimiento, lo que no dudo, esto haria tu posicion personal mas precaria que lo es ahora. En todo caso, vivirás mejor con las economías de tu padre en un estado que tú has abrazado por aficion, que siguiendo por afecto á mí una nueva carrera, con la que tendrías que empezar por familiarizarte. Por eso, amigo mio, es mejor que nos separemos.

Carlos sacó el pañuelo, y despues de haberse sonado y escupir, preguntó con voz clara y fuerte:

— Pero sin admitirme por socio, ¿no podríais hacer uso de nuestro dinero? Estoy persuadido que nos daríais buenos resultados.

— Es imposible, contestó Antonio.

— Siendo así, me volveré al lado de mi padre, y me meteré de cabeza en algun granero de avena de nuestro país, dijo Carlos irritado.

— Eso es lo que tú no harás. Tú sabes mejor que cualquiera otro los recursos que encierra este terreno, y seria sensible que esos conocimientos quedaran sin aplicacion. Fink necesita precisamente un hombre de tus circunstancias. La casa no podria marchar sin tu concurso hasta el verano próximo. Cuando vinimos aquí, no fué para solazarnos, sino para crear algo á fuerza de desvelos y penalidades. Mi mision ha terminado, pero tú te encuentras en tu esfera de accion. Seria perjudicarte á tí mismo y malograr tu porvenir si partieras de aquí en estas circunstancias.

Carlos bajó de nuevo la cabeza.

— Lo que sentia algunas veces por tí, eran los escasos emolumentos que el baron en su posicion podia darte; eso cambiará ahora.

— No hablemos de eso, dijo Carlos con altivez.

— Pues es preciso hablar, dijo Antonio, porque el hombre hace mal en consagrar toda su fuerza y su inteligencia á un trabajo que no le recompensa segun su mérito. Esto le hace arrastrar una penosa existencia, y corre tambien el peligro de mirar su porvenir con desconfianza. Puedes dar crédito á mis palabras. Ruégote pues que permanezcas aquí á lo menos hasta el próximo estío, en cuya época, con el gran impulso que se dará ahora á los trabajos, podrá reemplazarte un hábil mayordomo.

— Y entonces, preguntó Carlos, tambien será preciso que me vaya.

— Fink te retendrá á su lado tanto como sea posible, pero si en la época que te he citado, quisieras marcharte, te acordarás, Carlos, de lo que hemos hablado

con frecuencia en el curso de este año. Habitado como estás á esta vida en medio de los extranjeros, te hallas adornado de las circunstancias necesarias para ser un buen colono en un terreno virgen. Si un deber superior no te llama lejos de aquí, debes permanecer en este país como lo han hecho gran número de compatriotas. Cuando salgas de este dominio, te aconsejo que compres algunas tierras entre estos extranjeros. No pasarás una vida muy tranquila y te verás privado de muchas comodidades, pero atravesamos unos tiempos en los que un hombre enérgico no puede vivir con sosiego y segar pacíficamente sus mieses. Tú tienes un corazón valiente y no estás acostumbrado á gozar sino á adquirir. Conduciendo tu arado, serás aquí un soldado de Alemania, y extenderás, á costa de nuestros enemigos, la soberanía de nuestra lengua y nuestra civilización.

Y con la mano señalaba á Oriente.

Cárlos tendió la suya á Antonio y le dijo:

— Me quedo.

Cuando Antonio salió del aposento del mayordomo, encontró á Leonor delante de la puerta.

— Os estoy aguardando, exclamó esta vivamente. Venid conmigo, Wohlfart: mientras esteis aquí me pertenecéis.

— Si vuestras palabras fueran menos cordiales, contestó Antonio, creería que os regocijais secretamente de veros libre de mi presencia; porque, querida señorita, desde hace mucho tiempo no os he visto tan animada. Venís á mi encuentro con la cabeza erguida y el rostro risueño, y hasta os habeis quitado vuestro enlutado traje.

— Sí, para volverme á poner el que llevaba el día que nos paseamos juntos en trineo. Entonces os gustaba mucho, y yo soy algo vanidosa, continuó con sombría sonrisa. Deseo que la última impresion que conserveis de mi persona sea agradable. Antonio, amigo de mi juventud, ¿cuál es el destino que nos obliga á separarnos precisamente en este momento, el primero que he disfrutado de tranquilidad despues de tantos contratiempos? La propiedad se ha vendido; hoy me siento renacer. ¿Cuál ha sido mi existencia en estos últimos años! verme siempre atormentada y humillada tanto por los amigos como por los enemigos; siempre debiendo algo, dinero ó atenciones; ¡ah! ¡es horrible! Yo no digo esto por vos, Wohlfart. Sois el amigo de mi juventud, y si os vérais en la desgracia ó en la necesidad, me contaréis por muy feliz si os dignais tambien acudir á mí y decirme: «Ahora necesito de tí; ven, traviesa Leonor.» Ya no quiero ser de aquí en adelante tan aturdida, me acordaré de todas vuestras advertencias.

Su mirada brillaba al expresarse así. Se apoyó en el brazo de Antonio, cosa que no habia hecho jamás, y le condujo hácia la granja.

— Venid, Wohlfart, atravesemos todavía por última vez la granja que era nuestra. Esta vaca que tiene la estrella blanca, la compramos entre los dos, dijo, y para comprarla requeristeis mi opinion, lo que me complació mucho.

Antonio hizo un movimiento de cabeza.

— Eramos tan inteligentes sobre este particular el uno como el otro, y Cárlos debió decidir como tercero en discordia. Vos entregasteis el valor de la compra, y yo fui quien primero le dió heno; por consecuencia nos pertenece á los dos. Mirad todavía una vez el buey negro. Tiene buena estampa. M. Sturm quiere pintarle las orejas de encarnado, para que parezca enteramente un diablillo.

Hablando de este modo, se inclinó para acariciar al becerro. De repente se levantó diciendo:

— No sé por qué le mimo tanto; no es mio, pertenece á otro dueño.

Pero en el fondo de su enojo se ocultaba cierta terquedad, y se llevó á Antonio mas lejos.

— Venid á ver el poney... ¡pobre animalito! Ha envejecido mucho desde el día en que yo le montaba y os seguí por nuestro jardín.

Antonio acarició al poney, que volvia tan pronto la cabeza hácia él como hácia Leonor.

— ¿Sabeis cómo fué que yo os encontrara yendo montada entonces en el poney? preguntó Leonor apoyándose en el lomo del caballo. Pues no fué de ningun modo efecto de la casualidad. Yo os habia visto sentado debajo de los árboles; ahora puedo confesarlo ingenuamente; y dije para mí: «¡Cáspita! hé ahí un guapo muchacho, mirémoslo mas de cerca.» Hé ahí cómo pasaron las cosas.

— Sí, dijo Antonio, y luego vinieron las fresas y el paseo por el lago. Yo allí atracándome de fresas en vuestra presencia, teniendo casi ganas de llorar; pero mi corazón estaba gozoso al contemplaros tan bella y majestuosa. Me parece que os veo todavía con vuestro hueco vestido de manga corta con un brazalete en vuestro lindo brazo.

— ¿Qué se ha hecho el brazalete? preguntó Leonor con seriedad apoyando la cabeza en el cuello del caballo. Vos le habeis vendido, hombre malvado.

Sus ojos derramaron abundantes lágrimas, y con sus dos manos cogió, por encima del cuello del poney, la de su amigo.

— No hemos podido ser siempre niños.

Y pasando la mano por las megillas de Antonio, le dijo:

— ¡Adios, amigo de mi corazón; adios, sueños juveniles; adios, hermosa primavera de mi vida! es necesario que aprenda yo ahora á marchar por el mundo sin mi protector. Ya no tendreis que sonrojarnos por mi ligereza. Yo seré siempre razonable y me ocuparé seria-

mente del manejo de la casa. Mañana empezaré. Ahora voy á la cocina en busca de Babet; sé que en esto os complaceré, y seré económica. Yo cuidaré nuevamente de llevar el libro con las grandes columnas de números y lo anotaré todo. Tambien tendremos necesidad de economizar, Wohlfart. ¡Ah, pobre madre mia!

Se retorció las manos y se puso muy triste.

— Salgamos al aire libre, dijo Antonio, y si os parece bien, daremos una vuelta por el bosque.

— No, yo no iré con vos ni al bosque ni á la casa del guarda, sino á la alquería nueva.

Y en esta disposicion atravesaron los campos.

— Hoy es necesario que me acompañeis, no os dejo.

— Leonor, quereis hacerme muy penosa la despedida.

— ¿Con que os es penosa? preguntó con cierto placer. Y sacudiendo en seguida la cabeza: No, Wohlfart, no lo será; en secreto habeis deseado con frecuencia estar muy lejos de mí.

Antonio la miró con sorpresa.

— Lo sé, dijo ella con abandono apretándole nuevamente el brazo, lo sé muy bien. Aun cuando estábamos juntos, vuestro corazón no estaba siempre á mi lado. Esto os sucedia algunas veces, como por ejemplo, durante nuestro viaje en trineo; pero con mas frecuencia todavía vuestros pensamientos os trasportaban al extranjero. Cuando recibiais ciertas cartas, teniais mucha prisa por leerlas. ¿Cómo se llama ese caballero que os escribía?

— Baumann, contestó Antonio sencillamente.

— Estais cogido, contestó Leonor estrechándole nuevamente la mano. ¿Sabeis que eso me ha hecho durante algun tiempo muy desgraciada? Estaba loca y era bien niña. Ahora ya tenemos juicio, Wohlfart; hoy somos libres los dos, y por eso, querido amigo, podemos pasearnos así, dándonos el brazo.

Cuando llegaron á la alquería, Leonor dijo á la mujer del cortijero:

— Nos deja. Me ha contado mas de una vez que vos fuisteis quien le procuró el primer placer en el castillo, cogiendo para él un ramillete. Id ahora á coger el último que le presentareis. Yo no tengo flores en la actualidad, ni puedo hacerlas traer. Aquí detrás de la granja es donde están todas las flores del castillo.

La cortijera hizo un ramillete, le presentó á Antonio haciendo una reverencia, y dijo entristecida:

— Es enteramente igual al del año pasado.

— Pero él se va, dijo Leonor, y se desvió llevando el pañuelo á los ojos.

Antonio sacudió cordialmente la mano del cortijero y del pastor.

— Acordaos de mí, buenas gentes.

— Siempre habeis sido bondadoso con nosotros, dijo la cortijera.

— Y habeis pensado en la manutencion de los hombres y de las bestias, dijo el pastor quitándose el sombrero; y habeis introducido el orden en todo.

— Vuestro porvenir está asegurado, dijo Antonio. Estareis bajo las órdenes de un amo que tendrá mas poder que yo.

Finalmente, Antonio besó todavía al muchachito de rizada cabellera, le dijo que fuera á buscar su pequeña alcancia guardada en el armario, y dejó en ella una memoria. El niño le tenia cogido por la ropa y no le queria dejar partir.

Antonio, poniéndose sobre sí les dijo:

— Si alguna cosa me hace menos sensible esta separacion, es el feliz porvenir que se presenta ahora á la propiedad. Mi presentimiento me dice que todo lo que hay de incierto en vuestra vida tendrá un feliz desenlace.

Leonor andaba silenciosa al lado de Antonio; al fin le preguntó:

— ¿Puedo hablaros con toda la franqueza que mi corazón encierra, del hombre que es en la actualidad dueño de esta posesion? Quisiera saber cómo habeis llegado á ser su amigo.

— Mi amistad con Fink data de un día en que no quise sufrir una ofensa que me hizo. Nuestras amigables relaciones se estrecharon, porque yo siempre cedia cuando se trataba de bagatelas, sosteniendo siempre con entereza mi conviccion en las cuestiones de alguna gravedad. Tiene en grande estima la energía é independencia de carácter; pero llega á ser fácilmente duro y tirano cuando tiene que haberse con un discernimiento y una voluntad débiles.

— ¿Cómo podrá tener firmeza una mujer frente á frente de un hombre semejante? preguntó Leonor con abatimiento.

— Sí, contestó Antonio despues de algunos momentos de reflexion; una mujer que se entregara á él con pasion pasaria ciertamente muchas penas, porque todo lo que se parece á un arrebató ó un capricho, lo destruye con áspera severidad, y á buen seguro que no usaria muchas contemplaciones con la que hubiera subyugado. Pero respetará siempre un carácter que oponga á su voluntad la firmeza y la dignidad. Y si alguna vez llegara á tener ocasion de dar un consejo á su futura compañera, yo le encargaria que evitara todo lo que pasa entre mujeres por arriesgado ó atrevido. Lo que le complaceria en una extraña, como por ejemplo la pronta autorizacion de familiaridades, seria lo que mas le desagradaria en su esposa.

Leonor se apoyó mas fuertemente en él y bajó la cabeza.

Así volvieron al castillo en un profundo silencio.

Despues de medio día, Antonio fué otra vez con Cárlos á pasear por los campos y por el bosque. La vida en

el castillo le habia parecido siempre como una temporada pasada en país extranjero, y hoy que debia partir, todos los objetos le ligaban y le retenian, como si hubiese estado en su patria.

Por todas partes veia alguna cosa de la cual se habia ocupado en el trascurso del año. Encontraba huellas de su trabajo en los campos, en la casa, en la granja y entre los animales y utensilios. Habia comprado el trigo sembrado en esta pieza de tierra; habia adquirido el arado de que se servia el mozo de la granja á quien habia parado. Aquí habia hecho cubrir un techo, allá habia reparado un puente que amenazaba ruina.

Y como todo hombre que abraza una nueva carrera, habia ideado planes valiéndose de sus nuevos conocimientos, y formado sobre todas las partes de la propiedad grandes proyectos y bellas esperanzas. Siempre se habia lamentado de no estar bastante preparado para la gestion de los negocios de que se habia encargado con tanta precipitacion; ahora que se veia libre de sus obligaciones conoció cuánto se habia encariñado con aquel género de vida.

Pasó todavía una hora con el buen guardabosque. El cierzo de otoño ejercia ya su influencia en los campos, deshojaba los árboles, y las plantas y arbustos perdian su verdor.

Al rededor de la casa del guarda, el bosque se mantenía aun lozano y frondoso, y el valiente cazador conservaba merced á su vida activa y montaráz toda la fuerza de una vigorosa ancianidad. Cuando Antonio se despidió de él en el umbral de su habitacion, el guarda le dijo:

— La primera vez que pusisteis la mano en el pestillo de esta puerta, no creia que esos árboles crecerian tan sólidamente y que empezaria otra vez mi trato con los hombres. Señor Wohlfart, habeis conseguido que este pobre anciano deseara prolongar su existencia.

La hora de la separacion habia llegado. Antonio fué á despedirse ceremoniosamente del baron; Leonor se afectó en extremo, y Fink se mostró cordial y afectuoso con él como con un hermano. Cuando Antonio estando á su lado miró á Leonor con emocion, Fink le dijo:

— Vé tranquilo, amigo mio; con ella á lo menos procuraré conducirme como tú.

Fink y Leonor le acompañaron hasta el carruaje. Antonio dirigió todavía una mirada al castillo, que presentaba en aquel nebuloso día de otoño, en medio de la árida llanura, un aspecto tan sombrío como el día de su llegada.

Luego subió al coche, despues de un último apretón de mano y de un último adios. Cárlos cogió las riendas; al llegar cerca de la granja tomaron el camino de la aldea y el castillo desapareció ante sus ojos. Las miserables cabañas del pueblo, el puente echado sobre el río, el bosque, todo esto no debía volver á verlo en mucho tiempo.

Cárlos se detuvo al extremo del bosque, donde terminaba el límite del dominio y donde el camino formaba una encrucijada que conducía á Kunau y á Neudorf. Varias personas aguardaban al viajero cerca de la frontera de la propiedad. Formaban la comitiva las gentes del castillo, el guardabosque, el cortijero, el pastor y con ellos el forjador de Kunau, algunos vecinos y el hijo del bailío de Neudorf.

Antonio, lleno de gozo á su vista, se apeó y saludó todavía otra vez á sus antiguos compañeros.

— Mi padre, dijo el hijo del bailío, me envia á ofrecer os su amistosa despedida. Se encuentra muy aliviado de sus heridas, pero todavía no puede salir del aposento.

El forjador de Kunau dijo á Antonio al despedirse de él:

— Saludad cordialmente á nuestros compatriotas de Alemania y decidles que se acuerden de nosotros.

Silencioso como el día de su llegada, Antonio se dejaba conducir por el camino real al lado de su fiel Cárlos. Estaba libre ahora del encanto que le habia atraído al castillo, y exento de muchas preocupaciones, se sentía libre como el pájaro que hiende los aires.

Habia trabajado sin descanso durante un año, y hoy se veia obligado á desligarse de todo lo que le habia ocupado en aquel país. Despues de haber abandonado el camino recto de la carrera que habia emprendido para poner al servicio de personas extrañas una incansable actividad, corria en busca de una nueva ocupacion y de un nuevo porvenir.

No podia asegurar si, en el trascurso de aquel año, se habian asegurado ó disminuido las probabilidades de hacer fortuna. Habia aprendido á apreciar en su justo valor una vida regular, segura y meditada, en el seno de una actividad independiente, y se sentía en la actualidad mas lejos de este punto de partida que un año antes.

Reconoció que habia abusado temerariamente de sus fuerzas, y este pensamiento empañaba como un ligero soplo el espejo en el que veia reflejar las imágenes de los últimos tiempos. Pero no se arrepentía ni un ápice de lo que habia hecho.

Habia experimentado pérdidas, pero tambien habia triunfado de muchisimas dificultades; habia conseguido hacer florecer una nueva existencia en una tierra inculta; habia contribuido á la fundacion de una nueva colonia de su pueblo, habia abierto para las personas á quienes amaba el camino de un porvenir seguro, él mismo se sentía con mas experiencia, mas hábil y mas reposado, y mirando por encima de la cabeza de los caballos que le conducian de regreso á su país, decía entre sí: «¡Adelante! ahora soy enteramente libre y mi camino está trazado con entera claridad.»

II.

Entre tanto el genio doméstico de Antonio, el gato amarillo, permanecía tristemente en su pedestal. Un año de confusión y de trastornos había trascendido, sin que el gato se apercibiera de ello. Había permanecido allí en aquel aposento inhabitado, con la cabeza baja. Los transparentes estaban corridos y ningún rayo de sol entraba á calentar sus orejitas.

Nada se movía en la habitación mas que el polvo que penetraba por las ventanas y que despues de haber formado remolinos algun tiempo al rededor del gato, volvía á caer en seguida sobre su piel de yeso, encima del bufete y de las alfombras.

Este fué un mal año para el gato; hubiera perecido en la soledad, y nadie hubiera reconocido sus astutos ojillos ni su piel lisa bajo el empañado color del polvo, si de cuando en cuando una visita amistosa no hubiera ido á reanimarle.

Durante las tranquilas horas de la noche, la luz de una lámpara doraba los bigotes del gato, y en estos momentos una mano suave acariciaba su lomo; se abrían las ventanas durante un cuarto de hora, la claridad de la luna penetraba un poco en el aposento, y algunas esponjas y cepillos de activas jóvenes limpiaban rápidamente el pavimento.

Entonces el gato dejaba oír su *ron ron*; pero inmediatamente despues se encontraba de nuevo en la soledad y volvía á caer en su melancólico adormecimiento.

(Se continuará.)

Paris-Port-de-Mer.

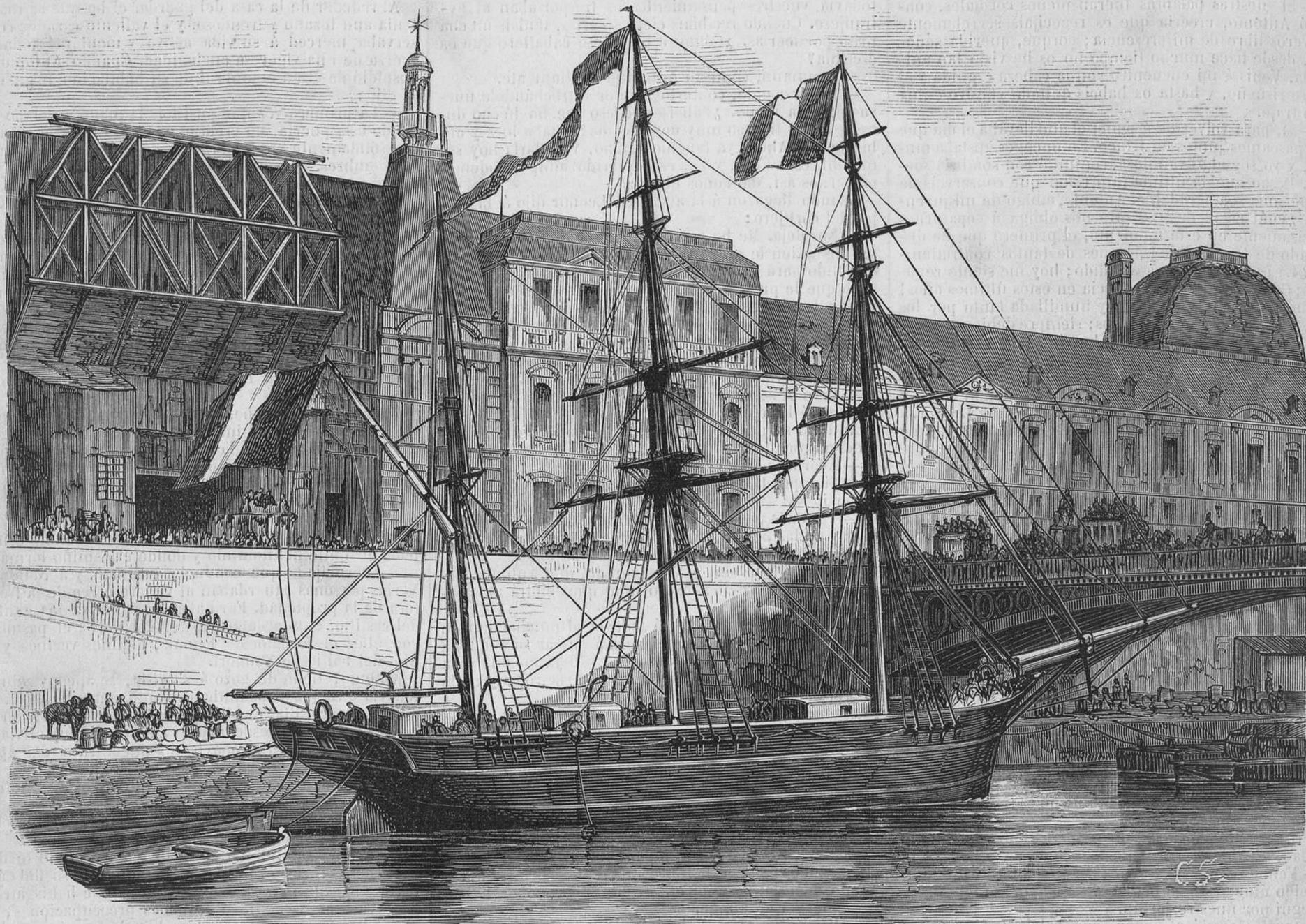
Todos estos dias una multitud considerable acude al Sena, donde está amarrado cerca del puente de los Santos Padres, un bonito buque de vela de tres palos, que

ha llegado directamente de Burdeos con un cargamento de vino.

Con efecto, el problema discutido durante largo tiempo y considerado hasta aquí como insoluble, de Paris puerto de mar, parece hoy casi resuelto, puesto que un buque de vela de bastante porte ha podido subir sin dificultad hasta al frente del Louvre. No es pues un sueño, como se suponía, el hacer de Paris un gran puerto de comercio.

El Sena es un rio que pueden subir los buques que navegan por los mares. Bajo este concepto ya no hay que pensar mas en el proyecto de hacer mas hondo el cauce del rio, ni tampoco en abrir un canal que lleve directamente á la Mancha ó al Mar del Norte. El Sena puede servir tal como está, y los atajos construidos en los años últimos bastan para la navegacion de los buques de mucho porte. Sin embargo, algunas otras obras del mismo género mejorarían la navegacion y harían que fuese fácil en todas las estaciones.

Para el objeto que acaba de alcanzar el *Paris-Port-de-Mer*, se necesitaba hallar una combinacion de líneas



Paris-Port-de-Mer, buque de vela amarrado en el Sena junto al puente de los Santos Padres.

que permitiese construir buques capaces á la vez de navegar en alta mar, y á los cuales les bastase el escaso volumen de agua del Sena para subir hasta Paris.

Este es el problema que ha resuelto victoriosamente un experto capitán de la marina mercante, M. Le Barazer, de Burdeos, quien hace mas de treinta años publicó una extensa Memoria sobre el asunto. Demostraba pues, que con dos metros de agua los buques de trescientas á cuatrocientas toneladas podían fácilmente subir el Sena, y que de este modo recibiría Paris los 2,000 buques de este porte, que representan la exportación anual, la cual no es inferior á 600,000 toneladas.

M. Le Barazer presentó de nuevo su sistema en Paris hace algunos años, y tanto el emperador como el prefecto del Sena rindieron homenaje á la grandeza de la idea y honraron á su autor con sus simpatías.

Entonces el enérgico capitán reunió todos sus recursos, comprometiendo hasta el porvenir de su familia, y mandó construir en Burdeos á los señores Germain é hijos, un buque de tres palos, que bautizó con el nombre significativo de *Paris-Port-de-Mer*.

Despues de haber botado al agua este buque el 23 de diciembre último, el capitán Barazer vino á esperar á que le diesen aviso de que el *Paris-Port-de-Mer* estaba en Ruan.

La travesía fué difícil por causa de un recio temporal, pero de todos modos el nuevo buque llegó á Ruan, habiendo dado prueba de las mejores cualidades náuticas, pues no sufrió ninguna avería ni en su *arboladura articulada*, ni en su quilla, y ni recibió una gota de agua en su bodega.

Advertido inmediatamente por el telégrafo de la llegada de su buque á Ruan, M. Le Barazer salió de Paris el 18 de enero para presidir á su entrada en la capital; pero ¡ay! en el ferro-carril cogió una pulmonía y apenas tuvo tiempo para poner el pié en su buque: traído á Paris á toda prisa, espiró el 24, sin haber tenido la satisfacción de ver el *Paris-Port-de-Mer* al frente de los balcones del palacio de Tullerías.

¡Cruel destino! Sin embargo, un consuelo nos queda y es que si el inventor ha muerto, su idea no perecerá con él.

El capitán Franc, que tiene el mando del buque, va á salir para la China, y entre tanto la viuda de M. Le Barazer, que tanto se interesó en el proyecto de su esposo, está bien decidida á proseguir la obra que ha comenzado tan favorablemente.

Ya se trata de la formación de una compañía para explotar la empresa del capitán. Con efecto, el malogrado marino ha dejado minuciosos planes y memorias, que facilitarán la completa realización del proyecto, que consiste en hacer de Paris el quinto gran puerto comercial de Francia, y en proporcionar al comercio parisiense una considerable reducción sobre los actuales precios del flete para todos los puntos del globo.

Puede esperarse pues que no pasará mucho tiempo sin que en los dos Océanos se muestre la bandera de la *flota parisiense*. El capitán Franc es el primero que debe enarbolarla en los mares de la China sobre su elegante buque el *Paris-Port-de-Mer*: le deseamos pues un buen viaje, sin olvidarnos por esto de honrar la memoria del capitán Le Barazer.

L. J.